

ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

LOUIS G. MILK

LOS SEMIRROBOTS

LOUIS G. MILK

LOS SEMIRROBOTS

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Dep. Legal: B. - 8464 —1970

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 —
BARCELONA

Capítulo Primero

Por todas partes, en las calles, en las casas, en lugares públicos, la noticia no era más que una:

HOY, DEBATE EN EL PARLAMENTO SECTORIAL PARA DECIDIR SOBRE LA SOLICITUD DE UNIÓN DE ROBOTIA A LA COMUNIDAD SUBGALÁCTICA.

Pese a los avances y a la época, los periódicos seguían vendiéndose casi con tanta profusión como en los mejores tiempos del periodismo. El Galaxy Tribune decía:

¿Puede un planeta habitado exclusivamente por robots como únicos seres pensantes formar parte de la IV Comunidad Subgaláctica? ¿Deben alternar las máquinas, por muy perfeccionadas que sean, con los humanos, en las tareas de gobierno de la Comunidad?

Eran unas preguntas muy difíciles de contestar, ciertamente. Pero todo el mundo sabía que el Galaxy, era amigo de las ambigüedades y de las componendas. El Planetary Times era más tajante al respecto:

Con toda nuestra liberalidad, con todo nuestro respeto a las libertades humanas, pero precisamente por respeto a esos mismos principios, la votación parlamentaria debe ser adversa a la solicitud presentada por el representante de Robotia. Porque, si bien reconocemos que las máquinas nos prestan una ayuda valiosísima, sin la cual nuestra civilización se hundiría en las tinieblas de la incultura, ¿cómo se puede admitir que una máquina, perse, sea capaz de tomar decisiones que sólo a los humanos competen?

En cambio, La Voz de las Estrellas se pronunciaba favorablemente hacia la petición de Robotia:

¿Qué importa que sean unas máquinas? ¿Qué importa la forma o la constitución orgánica o mecánica de los habitantes de Robotia? No sólo en este sector galáctico, sino en toda nuestra Galaxia conviven y coexisten seres humanos cuyas formas son distintas según sus procedencias. La definición del ser humano, según la Convención de Derechos de los Habitantes Galácticos, dictada el 11 de marzo de 2477, es bien clara al respecto: ser humano es todo el

que, independientemente de su forma, su constitución orgánica y sus cualidades físicas peculiares, piensa, diferencia entre el bien y el mal, es capaz de adquirir una cultura básica mínima y, en suma, es igualmente capaz de acatar y obedecer las leyes particulares de su planeta y de la comunidad o sistema de planetas a que pertenezca. ¿No se dan estas cualidades en los habitantes de Robotia? ¿A qué, pues, perder el tiempo estudiando y debatiendo una solicitud que debería haber sido acogida favorablemente en una de tantas votaciones rutinarias como se efectúan al cabo del año en nuestro Parlamento?

* * *

El ambiente era de gran expectación cuando se inició la sesión en el Parlamento Sectorial. Las cámaras de televisión recogían la escena y enviaban las imágenes a los planetas más alejados del Sector y aún de otros Sectores limítrofes, en muchos de los cuales se sentía un vivo interés por el resultado de aquel debate.

Los oradores interesados en exponer sus opiniones fueron desfilando por la tribuna y declararon los motivos que tenían para aprobar o denegar la solicitud de Robotia. Todos, salvo uno, anunciaron su voto negativo y lo pidieron así a sus colegas del Parlamento, excepto el uno ya indicado.

El representante de Robotia asistía a la sesión. Era una máquina con figura humana y nadie, al verlo, habría dicho que se trataba de un robot. Un observador perspicaz hubiera asegurado que el embajador robótico tenía el ceño fruncido.

El más vehemente en sus declaraciones negativas fue Junk Jiffer, representante por Awiria VII. Muchos creyeron comprender, aunque Jiffer no lo dijera explícitamente, cuál era la razón por la cual se oponía a la admisión de Robotia en el Parlamento Sectorial.

Jiffer dijo:

—Una máquina es una máquina siempre, tenga la forma que tenga. Personalmente, no siento la menor enemistad contra los habitantes de Robotia, pero a mi conciencia, y a la de mis representados, repugna el que una máquina, no importa ahora su forma, pueda alternar con los seres humanos en sus decisiones de gobierno, incluso en las más triviales. No, señores; las máquinas se

hicieron para servir a los humanos y no para que los humanos las sirvieran a ellas, porque permitirles la igualdad que piden entraña una servidumbre innegable. Todos los humanos, de un modo u otro, nos servimos mutuamente; yo sirvo a mi pueblo representando sus intereses en este Parlamento y mi pueblo me sirve a mí de algún modo, con los trabajos que puedan hacer en mi favor y que yo pagaré como es de razón.

Pero ¿podría decirse lo mismo de una máquina? ¿A qué ser humano puede agradarle, por ejemplo, que una pareja de robots vaya a un hotel y pidan habitación para pasar la noche y que los empleados de ese hotel deban atenderles lo mismo que a los restantes humanos clientes de tal establecimiento? ¿Agradaría a un técnico el que un robot se presentase y le dijera: «Tengo oxidadas las articulaciones del brazo izquierdo? Revíselas y engráselas» Y, en última instancia, mi argumento definitivo estriba en la xenofobia declarada de los habitantes de Robotia, quienes, jamás, desde que se descubrió ese planeta, han permitido que los seres pensantes pongan en él su planta. Solicito, por tanto, de mis colegas un voto negativo para tal petición —con esta concluyó Jiffer su vehemente alegato.

El único que se mostró favorable a los robots fue Tomás Bengy, represéntate de Bhehhar X, quien, cuando le llegó el turno, manifestó:

—Todos los argumentos expuestos por mis honorables colegas son, con el debido respeto a sus opiniones, sofismas que no resisten el más ligero análisis crítico. No se quiere admitir a los robots como miembros de pleno derecho de esta comunidad; bien, dígase claramente sin recurrir a subterfugios… y modifíquese también la Declaración de Derechos de los Habitantes Galácticos.

«Es cierto que esta declaración no prevé casos como el que se está debatiendo, pero podría resolverse favorablemente por simple analogía. No se pueden prever todos y cada uno de los casos que puedan presentarse en el transcurso de los tiempos, pero la mencionada declaración es bien explícita al respecto. ¿Seres con alma mecánica? Eso es absurdo, porque un robot no puede tener alma al ser una máquina, pero nos basta con que sus circuitos le hagan razonar como una persona y sepa discernir entre el Bien y el Mal. Naturalmente, poseen la suficiente cultura para saber acatar

las leyes… y para pagar impuestos…

Las risas interrumpieron un momento al orador. Bengy esperó a que el presidente de la Cámara restableciera el silencio.

—Pagar impuestos —repitió, sonriente—. Es muy interesante y no creo que los ciudadanos de Robotia eludieran su deber en este sentido. Pero siguiendo adelante con mis manifestaciones, que serán ya muy breves, dirá que un habitante de Robotia, independientemente de su figura, es un ser inteligente. La xenofobia manifestada hasta ahora hacia los humanos no es sino una consecuencia natural de los actos que nosotros hemos realizado contra ellos, nada amistosos, por cierto.

«Opino que esa xenofobia desaparecería con un trato continuo, regular y amistoso, cosa que no se conseguiría si se mantiene a Robotia fuera del Parlamento Sectorial. No se puede mantener indefinidamente a un planeta apartado de los demás, como a un apestado sin curación; a la corta o a la larga, esta solución engendra problemas que luego sólo la violencia puede resolver.

«Y, en cuanto al voto negativo de muchos de mis colegas, si bien la mayoría son votos sinceros y ha de respetárseles su manera de pensar, en otros, ese voto incluye turbios intereses ocultos que…

El presidente de la Cámara hizo sonar su mazo.

—Absténgase el honorable representante de Bhehhar X de calificar los motivos que sus colegas han tenido para decir no a la solicitud de Robotia. Bastará con que exprese los suyos y todos le escucharemos con sumo placer.

Bengy hizo una profunda inclinación de cabeza.

—Ruego a su Señoría se sirva disculpar mis fogosas palabras, así como también pido perdón a cuantos pudieran sentirse ofendidos. Ya no hablaré más: sólo diré sí a la petición de Robotia.

Poco después, se efectuó la votación.

La negativa resultó casi unánime. Sólo se registró un voto a favor, el de Tomás Bengy.

Al proclamarse el resultado, Bengy se puso en pie y dijo:

—Quiera Dios que esta negativa no sea anuncio de graves desastres. Al rechazar la solicitud de Robotia, este Parlamento comete un tremendo error, del que resultarán víctimas inocentes. Caiga su sangre sobre la cabeza de quienes se muestran tan obcecadamente ciegos al futuro de esta Comunidad subgaláctica.

Sonaron algunos gritos de protesta, acallados prontamente por el martillo del presidente de la Cámara. A continuación, el presidente dijo:

—Terminado el debate y como deferencia hacia el representante de Robotia, se le permitirá dirigir la palabra a los honorables diputados. Se… —el presidente titubeó. ¿Debía llamar «señor» a una máquina?—. Ho… honorable RK-70, se le concede la palabra.

El robot se puso en pie. Sonreía ligeramente.

—He observado la turbación de su Señoría al dirigirse a mí —manifestó—. Iba a decir señor, pero ha pensado que es un tratamiento que no corresponde a una máquina. No importa, en Robotia, no existen los tratamientos. Basta con el nombre, que entre nosotros es un conjunto de letras y números. Pero no sigamos más con este tema intrascendente.

«En primer lugar, diré que agradezco a su señoría el gesto de permitirme que dirija la palabra a los honorables diputados aquí presentes. Desde luego, que no esperaba precisamente una votación favorable. Incluso el único voto a favor es un porcentaje elevadísimo comparado con el que teníamos derecho a esperar. Mi gratitud más sincera al honorable Tomas Bengy por su favorable disposición hacia los robots.

«Acataremos, naturalmente, el resultado de la votación. ¿Qué otro remedio nos queda? Pero yo no debo a los honorables diputados el respeto que les debe el señor Bengy, porque, a fin de cuentas, no formo parte de la cámara y soy un robot. Por tanto, diré que el señor Bengy tiene razón: muchos votos son sinceros, pero otros no lo son tanto y representan el turbio interés de algunos en mantener a Robotia fuera de la Comunidad Subgaláctica.

«Se ha hablado de xenofobia por parte de los habitantes de Robotia. ¿Cómo no va a haber xenofobia si todos los humanos que nos han visitado llegaron como vulgares depredadores, tratando de tomar como suyo lo que no les pertenecía? No es xenofobia hacia los seres humanos, sino hacia algunos de sus representantes, quienes, ciertamente, han dado muestras bien deplorables de lo que es pertenecer a la raza de seres pensantes por naturaleza y no por construcción mecánica.

«Pero Robotia tiene unos habitantes y, máquinas o no, el planeta es de ellos y les pertenece de pleno derecho. Robotia no tolerará

ambiciones expansionistas, fomentadas por quienes abrigan bastardas intenciones hacia el mundo de los robots. No amenazo; simplemente, advierto. Gracias, señor presidente.

Un gran silencio acogió las últimas palabras de RK-70. Tranquilamente, sin ser molestado, el representante de Robotia recogió su cartera y abandonó el Parlamento que acababa de negar a su mundo el derecho de formar parte de la IV Comunidad subgaláctica.

Capítulo II

A Laird Trunt no le importaba el color de la piel de las personas, mucho más cuando se trataba de una mujer joven y hermosa.

Ella soltó una risita cuando el dedo de Trunt se deslizó sobre su satinada piel azulnegra. El conjunto era turbador para quien no conociera a las arturianas. Si bien sus facciones poseían una notable regularidad y su cuerpo no tenía nada que envidiar al de Venus, su piel azulnegra, sus ojos de pupilas rojizas y su larga frondosa cabellera plateada contrastaban en grado sumo.

En torno a ellos reinaba una gran algarabía. A Trunt y a la arturiana les importaba un rábano el estruendo que se producía en la taberna.

Se oían muchos comentarios sobre política. Los clientes discutían acaloradamente sobre la decisión del Parlamento.

No todos, por supuesto; había muchísimos a quienes el hecho de que un robot fuese considerado o no como ser humano les tenía absolutamente sin cuidado.

Trunt y la arturiana eran dos de los que no se ocupaban de política.

—La política no me agrada —había dicho él.

—¿Ninguna clase de política? —preguntó ella maliciosamente.

—Sólo una —contestó Trunt.

—¿Cuál, Laird?

—La de aproximación.

Ella le rechazó suavemente lanzando una risita. Trunt contempló fascinado el hermoso panorama que se entreveía a través del amplio escote del vestido de tejido de plata de la mujer.

—En cambio, a mí me gusta la política de contención —dijo la arturiana.

—Puede eliminarse por un procedimiento —aseguró Trunt.

—Dime cuál, simpático.

Trunt metió la mano en el bolsillo y sacó un par de monedas, que hizo tintinear en la mano.

—Esto elimina los rechaces, aunque no me gusta emplear semejante procedimiento —aseguró.

—¿Conoces otro mejor?

—La persuasión.

Ella entornó los párpados.

—¿Vas a persuadirme para que abandone mi política?

Las monedas volvieron al bolsillo.

—La lucha dialéctica me vuelve loco —afirmó Trunt, volviendo a acariciar el bien torneado brazo de la arturiana.

—No sigas —suspiró ella—. Voy a tener que rendirme.

—Ríndete de una vez —pidió Trunt.

—¿Qué condiciones me ofreces?

Trunt se inclinó y besó el hombro de la arturiana.

—Pasión, fuego, adoración —contestó.

—Acepto —volvió a suspirar la bella.

—Aquí hay mucha gente —dijo Trunt.

—Muchísima, Laird.

—¿Buscamos una isla desierta?

—Sí, querido —accedió la arturiana, finalmente derrotada.

La apariencia física de Trunt tenía mucho que ver en su derrota, más que las palabras, incluso.

En aquel momento, se acercó alguien a la mesa.

—Hola, Zilia. ¿Quieres tomar una copa conmigo? —invitó.

—Lárguese, inoportuno —replicó Trunt, sin mirar siquiera al sujeto.

—Déjanos en paz, Ooth —pidió la arturiana.

—Antes éramos muy amigos —insistió el sujeto—. ¿Tan pronto me has olvidado?

Trunt levantó los ojos. El llamado Ooth era un antaresino de piel marrón, dos metros de alto y ciento diez kilos de peso, cráneo pelado y orejas picudas.

—No se ponga pesado —dijo—. Zilia está conmigo ahora.

—Dentro de unos instantes, estará a mi lado —declaró Ooth con lengua no muy suelta—. Vamos, Zilia; quiero que bebas una copa conmigo.

Trunt suspiró.

—Tendré que pegarle —declaró.

—Por mí, encantada —sonrió la arturiana.

Ooth lanzó un rugido de cólera.

—¿Pegarme a mí? ¿Tú, maldito terrestre, bastardo de una burra

arturiana y un caballo rigeliano?

Trunt se puso en pie. El puño derecho de Ooth avanzó hacia su mandíbula.

El puño no encontró la mandíbula que buscaba. Trunt se apartó a un lado.

Ya tenía en la mano una botella. El vidrio estalló ruidosamente y la sangre empezó a caer por la cara de Ooth.

Zilia chilló. Ooth maldijo profundamente y se lanzó de nuevo a la carga, en el preciso instante en que una patrulla de la ronda nocturna hacía su aparición en la taberna.

Trunt no estaba dispuesto a que le aplastase el gigante. Esta vez usó un taburete.

Se oyó un seco chasquido. Ooth dio dos pasos vacilantes y acabó por desplomarse al suelo, con la cabeza abierta.

Zilia lanzó un grito de terror:

—¡La ronda!

Trunt volvió la cabeza y maldijo entre dientes. Aquel estúpido le había colocado, con absurda y provocativa insistencia, en una situación bien poco agradable.

—Zilia, adiós —dijo Trunt.

La ronda estaba todavía en la entrada. Sus miembros habían presenciado la escena, pero para llegar al lugar de la pelea tenían que atravesar casi toda la sala, repleta de gente.

Trunt estaba a pocos pasos de una ventana. Ya había tomado una decisión.

En modo alguno estaba dispuesto a dejar que lo apresaran. No obtendría menos de cinco años de condena en alguna mina perdida de un remoto asteroide de un tribunal inclinado a la benevolencia. Aquélla era una perspectiva que no le agradaba en absoluto.

Los guardias corrieron dificultosamente hacia él. Trunt dejó que llegaran a la mitad de la sala y entonces, súbitamente, dio media vuelta, saltó dos veces y acabó lanzándose de cabeza a través de la ventana.

Rodó por el suelo y se puso en pie. Inmediatamente empezó a mover las piernas con presteza.

En su interior, maldecía la hora en que se le ocurrió acercarse a la bella Zilia. Pero ¿qué diablos iba a hacer un astronauta en unas horas de tiempo libre, sino buscar un poco de diversión?

Detrás de él sonaron gritos:

—¡Por allí va!

—¡Aprisa, no le dejéis escapar!

Trunt seguía dándole a las piernas. La precipitada huida le había impedido utilizar su monorrueda particular. Por fortuna, los guardias habían cometido el error de perseguirle a pie.

Pero alguno de ellos utilizaría muy pronto un vehículo policial. Entonces, su captura sería cuestión de breves momentos.

Dobló una esquina. De pronto, vio sobre su cabeza, a tres metros del suelo, una ventana abierta.

Trunt tomo carrerilla y saltó hacia arriba. Se agarró con ambas manos al antepecho, flexionó los brazos y, un segundo después, estaba en el interior de una habitación, cuya disposición interior ignoraba, a causa de la oscuridad.

A tientas, cerró la ventana y corrió las cortinas… Apenas lo había hecho, oyó gritos en el exterior.

—¡No está!

—Se ha escapado.

—¡Búsquenlo por todas partes!

La luz de la estancia se encendió de repente. Alguien lanzó una exclamación sofocada.

—¿Qué hace usted en mi dormitorio?

Trunt se volvió. Había una mujer en la cama y le miraba con ojos de extrañeza.

—Señora…

Ella se sentó en la cama, cubriéndose el pecho con el embozo de las sábanas. Sus hombros emergían, redondos y blancos, por encima de los ropajes de la cama.

—Salga de mi dormitorio inmediatamente —pidió ella, tendiendo un brazo hacia la puerta—. Váyase o llamaré a la policía…

Trunt sonrió.

—Si quiere, lo haré yo. Están al pie de la ventana —contestó.

—¿Le persiguen? —preguntó la joven, arqueando las cejas.

—En efecto, así es.

—¿Ladrón?

—Sólo en ocasiones, señora —contestó Trunt de buen humor—. En lo presente, no, señora.

—Entonces, ¿qué ha hecho?

Trunt lanzó un suspiro.

—Temo haber causado una baja en el censo de los vivos —contestó—. La culpa de todo la tuvieron una linda arturiana y un taburete aplicado con demasiada fuerza al cráneo de un tipo incapaz de soportar la segunda copa.

Ella hizo un gesto de desagrado.

—Es una clarísima definición de pelea tabernaria —calificó.

—Lamentablemente, es cierto, pero no es menos verdad que yo fui el provocado. No obstante, y aun considerando esta atenuante, la broma podría costarme muy cara.

—Ocho o diez años en las minas de neoferrita, ¿verdad?

—Yo soy más modesto. Cinco años, señora, pero no pasaría allí, mientras pudiese, ni siquiera una semana.

La joven le miraba fijamente. De pronto, exclamó:

—Esa cara la conozco yo.

Trunt se volvió para mirar a todos los lados.

—¿Cuál? ¿Qué cara? ¿Hay otro hombre en el dormitorio?

—No sea estúpido. Me refiero a usted, capitán Trunt —dijo la muchacha sorprendentemente.

Trunt sonrió.

—Por lo visto, me conoce —dijo—. En cambio, yo no sé su nombre, señora…

—Señorita Carla Callican —se presentó la joven. Acto seguido, ordenó—: Vuélvase, voy a levantarme.

* * *

De espaldas al lecho, Trunt pudo escuchar rumor de ropajes. Al cabo de unos momentos, Carla dijo:

—Ya puede volverse, capitán.

Trunt dio media vuelta. Carla se había envuelto en una bata, corta, cuyo borde inferior quedaba a veinte centímetros de unas rodillas perfectas. Sus largos cabellos completamente negros pendían sueltos por la espalda.

—¿Es cierto lo que me dijo antes de que le perseguía la policía, capitán? —preguntó Carla.

—Absolutamente, señorita Callican. Lamento lo ocurrido, pero

las intenciones de mi accidental adversario no tenían nada de amistosas.

—O sea que está usted en un grave aprieto.

—Así podría calificarse la situación —admitió Trunt con alegre sonrisa.

—Y usted quiere que le oculte en mi casa, hasta que se haya ido la policía de la vecindad.

—Más o menos, eso es lo que pretendía al entrar por la ventana. No obstante, ignoraba que usted habitase en esta casa.

—En la pelea, me imagino, hubo testigos.

Trunt hizo un gesto de resignación.

—Más de los que uno pudiera desear —respondió.

—Usted es muy conocido —afirmó Carla—. A estas horas, la policía conoce ya su nombre y le estarán buscando por los lugares que acostumbra a frecuentar A la larga o la corta, acabarán atrapándole

—Si puedo llegar hasta mi nave, esa circunstancia no se producirá —dijo Trunt.

Carla sonrió.

—¿Qué me dice del permiso de despegue que ha de otorgar la Comandancia del Astropuerto? ¿Cree que la policía no cursará órdenes para impedir ese despegue? Aunque echara a correr ahora mismo hacia el Astropuerto, ya no podría despegar—. Ella le apuntó con el dedo—. Y usted lo sabe tan bien como yo, capitán.

Trunt hizo una mueca. Lo que decía Carla era la pura verdad.

—Está usted en un apuro, en un insoluble apuro —agregó la joven—. Ha eludido de momento la acción de la ronda, pero su detención es algo completamente inevitable.

—Bueno, deje que sea yo quien me ocupe de la evitabilidad o inevitabilidad de mi detención —rezongó él malhumorado—. Gracias por su hospitalidad y…

—No se vaya, capitán —le interrumpió Carla—. No presuma ahora de lo que sabe no puede hacer y resígnese a su detención. A menos que haga lo que yo le diga, en cuyo caso, puedo garantizarle que este asunto quedará zanjado rápida y satisfactoriamente.

Trunt hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó.

—Una cosa muy sencilla, capitán —respondió Carla—. Llevarme

en su nave a un planeta llamado Robotia.

Capítulo III

Trunt se quedó mudo de asombro al escuchar aquellas palabras. Ella le hizo un gesto con la mano y dijo:

—Sígame.

Carla abandonó el dormitorio y llegó a una sala lujosamente decorada. Se acercó a un aparador y preparó dos copas.

—Mis condiciones para que yo le ayude ya están expresadas, capitán —dijo al entregarle una copa—. Ahora sólo falta su respuesta.

—Usted quiere que yo la lleve a Robotia. ¿Acaso no sabe lo que sucede con los humanos que aterrizan en aquel planeta?

Carla sonreía de forma sibilina.

—¿Le pasó a usted algo, capitán? Si mis informes no me engañan, es usted el único ser humano que ha tomado tierra en Robotia y ha vuelto sin sufrir el menor daño. Además de su tripulación, naturalmente. Éste es un hecho que ha divulgado ampliamente la prensa, la radio, la televisión… ¿Estoy mintiendo?

Trunt apuró su copa de un solo trago.

—No, es verdad —contestó—. Pero eso sólo ocurrió una vez…

—Es usted un embustero, capitán —cortó la joven—. Ciertamente, ha sido una gran casualidad que haya ido a entrar en mi casa huyendo de la ronda, pero eso no desvirtúa los hechos. Capitán, usted ha ido a Robotia más de una vez y también más de diez, y en ninguna ocasión ha recibido el menor daño por parte de los robóticos habitantes de aquel planeta. ¿Cómo lo ha conseguido?

Trunt sonrió. Se acercó al aparador y llenó su copa nuevamente.

—De un modo muy sencillo —explicó—. Yo llegué a Robotia tan casualmente como he llegado a su casa, de ello hace ya algunos años. Los robots salieron a mi encuentro, hablamos, nos dijimos cada cual lo que queríamos… y de ahí nació nuestra digamos amistad.

—Eso no es todo. Usted usó algún truco más alegó Garla —¿Cuál es ese truco? Explíquese, capitán.

—Muy sencillo, señorita Callican. Yo soy un sujeto que se dedica a comprar unas cosas en un planeta y a venderlas en otro donde no

las tienen. En éste tienen algo de que carecen en el primero y yo hago trueques, cambios, compras, ventas… y así me voy defendiendo.

—Muchos fueron como usted a Robotia, pero ninguno volvió. ¿Por qué a usted se le ha permitido el regreso no sólo una vez, sino diez o más?

—Por la sencilla razón de que cuando tengo alguien delante de mí que quiere compararme o venderme o cambiarme alguna cosa, yo considero que ese alguien es una persona. Hombre o robot, soy honrado en mis negocios y trato a los robots como personas. Ellos lo advirtieron y me autorizaron a comerciar con Robotia una vez al año.

—Lo cual le ha permitido reunir una saneada fortunita —dijo Carla—. Pero allí tienen muy pocas cosas que vender; más bien yo diría una sola clase de objetos. ¿Qué les lleva usted que les interesa tanto?

Trunt sonrió maliciosamente.

—Contrabando —respondió.

—¿De qué?

—Oh, permítame que me calle la respuesta. Ya sabe lo que ellos me venden, ¿no? Si divulgo mi secreto, me saldrán competidores y eso es algo que no me conviene.

—Si lo mandan a las minas, sus competidores le importarán un rábano, capitán…

Trunt enseñó las palmas de las manos.

—Trabajando en una mina de neoferrita, lo que hagan los demás no me interesa en absoluto —declaró.

—Pero yo puedo evitarle la condena —insistió Carla—. Sin embargo, ha de prometerme que me llevará a Robotia.

—Pero, bueno, ¿qué hay en ese planeta que le interese tanto? ¿Por qué quiere ir allí? No es seguro que los robots la acojan benévolamente. Incluso a mí puede costarme un serio disgusto…

—Usted lo evitará, capitán —afirmó Carla—. Y en cuanto a los motivos que me impulsan a ir a Robotia tienen una pronta respuesta: mi padre.

—¿Qué le pasa a su padre?

—Sencillamente, hace algunos años zarpó para Robotia y desde entonces no he vuelto a tener noticias suyas. Quiero saber de una

vez qué le sucedió y si está vivo o muerto.

—Su padre debía de estar loco —rezongó él—. ¿Qué le impulsó a ir a Robotia?

—Un motivo muy sencillo. Es doctor en medicina, psicólogo y sociólogo. Simplemente, quería estudiar a fondo cómo es una sociedad formada exclusivamente por robots.

—¿Sabe si llegó a Robotia?

—En el Centro Sectorial de Control Astronáutico se recibió un mensaje anunciando que se disponían a aterrizar. Fue la última vez que se tuvo noticias de su nave —contestó Carla.

—No me extraña. Lo más probable es que su padre y los miembros de la tripulación hayan muerto a manos de los robots.

—Eso es lo que yo quiero conocer de una forma definitiva y usted puede ayudarme a conseguirlo, capitán.

Trunt suspiró.

—.Está usted de suerte, señorita Callican —contestó—. Dentro de cinco semanas, justamente, se inicia el periodo que tengo autorizado anualmente para tomar tierra en Robotia.

—Magnífico —aprobó Carla—. En ese caso, puesto que usted accede, yo me ocuparé de que la policía no le moleste más por ese desdichado incidente.

—¿Cómo piensa conseguirlo? —preguntó Trunt, asombrado.

Carla sonrió misteriosamente.

—Tengo amistades —fue todo lo que dijo.

* * *

—¡Capitán! ¡Capitán!

Trunt dormía profundamente en uno de los divanes de la sala. Al oír la voz de la muchacha, despertó y se sentó, frotándose los ojos.

Carla entró en la estancia taconeando vivamente. Ahora vestía una blusa muy ceñida a su busto firme y arrogante y unos pantalones cortos, igualmente ajustados a las caderas. Calzaba unas sencillas sandalias rojas de medio tacón y su pelo estaba recogido en un alto copete, sujeto con una cinta adornada con piedras.

Pendiente del hombro izquierdo por una correa, llevaba un bolso con sus objetos personales. El aspecto de la muchacha era de cierta excitación.

—Ya está todo resuelto —dijo—. He hablado con el director de la policía y me ha dicho que el incidente ha quedado zanjado. Por fortuna para usted, la herida de su adversario, aunque grave, no resultó mortal.

—Me alegro, aunque, créame, fue un silletazo dado a gusto —sonrió Trunt—. Pero ¿cómo ha conseguido del jefe de policía…?

Carla se echó a reír.

—Es hermano de mi padre —explicó alegremente.

—Así, cualquiera —masculló él—. ¿Ya le ha dicho sus intenciones?

—Sí, y no sólo está de acuerdo en que usted me lleve a Robotia, sino que, si no lo hace, sacará a relucir ciertos trapos sucios de usted, que podrían acarrearle, como mínimo, la confiscación de la nave.

—¿Qué trapos sucios? —preguntó Trunt, haciendo una mueca.

—Contrabando de neoferrita —respondió Carla sin vacilar.

—Había oído decir que el director de policía estaba bien informado, pero, francamente, no creí que llegase a tales extremos.

—Mi tío también sabe que usted importa circuitos fabricados por los robots y que vende a precios exorbitantes; los fabricados por los humanos son una verdadera calamidad al lado de los que usted trae.

—¿Qué es lo que no sabe su tío? —se quejó él amargamente.

—El paradero de su hermano. Por eso ha accedido a hacer la vista gorda en este caso, capitán.

—Pero si conocía lo de mi contrabando, ¿cómo no me arrestó?

—Ya se lo explicaré más adelante —contestó la joven—. Ahora puede salir y caminar libremente por todas partes, pero, antes de que haga nada, le transmitiré un deseo de mi tío.

—Una orden —corrigió él…

—Tómelo como quiera, capitán. ¿Ha oído hablar de Tomás Bengy?

—¿Bengy? Es diputado o algo por el estilo, ¿no?

—En efecto. Es diputado por Bhehhar X y muy amigo de mi tío. Debe ir esta noche a visitar a Bengy en la residencia que ocupa durante sus estancias en la capital del Sector Subgaláctico. Luego le daré la dirección, pero ha de prometerme que no eludirá esa visita.

—Iré, puede estar segura de ello. Pero ¿qué quiere de mí Bengy?

Carla se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea ni mi tío ha querido ser explícito al respecto —contestó—. Lo único que sé es que debe hacer esa visita y ha de ser esta noche sin falta.

—Muy bien, no se hable más —aceptó Trunt—.

De todas formas, no podremos zarpar para Robotia tan pronto como usted cree, señorita Callican.

—¿Por qué? —indagó la chica.

—Mis viajes a Robotia no son de placer. Antes de zarpar, debo cargar de neoferrita las bodegas de mi nave.

—Comprendo. —Carla sonrió—. Supongo que no irá a darme el nombre de su proveedor.

—Supone usted bien, señorita Callican —contestó Trunt en tono intrascendente.

* * *

A Trunt no le gustaba ir desarmado en determinadas circunstancias. La capital del Sector Subgaláctico poseía una vida muy intensa y, como consecuencia de ello y pese a los esfuerzos de la policía, proliferaban las gentes de mal vivir.

Se fabricaban pistolas atómicas, pero el puñal era el arma favorita en las emboscadas que se tendían en las callejas. Las naves volaban a cualquier planeta de la Galaxia, pero no era nada infrecuente ver aparecer el cadáver de un tipo, con un lazo en torno al cuello y los bolsillos vacíos.

Trunt no quería que le ocurriese nada semejante y por dicha razón llevaba bajo la blusa, en el lado izquierdo, una pistola de choque con una docena de proyectiles.

La pistola de choque, en determinadas circunstancias, podía ser fatal para el que recibía la descarga, si el disparo se hacía a boca jarro. A diez metros, el blanco humano resultaba lanzado irresistiblemente hacia atrás y bastaba un disparo para quitarle las ganas de insistir en su ataque. Era como un puñetazo de un gigante.

Trunt se detuvo a pocos pasos de la residencia del diputado Bengy. Se veían las luces encendidas. Era evidente que Bengy había despedido a sus secretarios. A juzgar por lo que Trunt recelaba, Bengy quería recibirle a solas.

Avanzó decidido hacia la casa, un edificio de planta y primer piso, aislado de los demás por un jardín de regulares dimensiones. Llegó a la puerta y pulsó el llamador.

Nadie respondió a sus llamadas. Sólo unos segundos después, Trunt se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada, sino sólo entornada.

Un vago sentimiento de alarma invadió su espíritu. Maquinalmente, aflojó los botones de su cazadora a fin de llegar con facilidad a la culata de su pistola de choque. Luego empujó la puerta y asomó la cabeza:

—¡Señor Bengy! —llamó.

Como antes, Trunt sólo obtuvo el silencio por respuesta.

Capítulo IV

Avanzó unos pasos. La casa estaba iluminada, pero no se escuchaba el menor sonido.

El vestíbulo era amplio, más bien un vasto salón, elegantemente decorado. Trunt paseó la vista por todas partes y, de pronto, descubrió una puerta entreabierta. Avanzó rápidamente y terminó de abrirla. Sintió una especie de choque eléctrico al descubrir las piernas de un hombre tendido en el suelo, al otro lado de una mesa de despacho.

Trunt lanzó una exclamación de asombro. Cruzó el umbral y se dispuso a acercarse al caído, pero, apenas había dado un paso, oyó una especie de gañido a sus espaldas, algo así como una pequeña bisagra falta de aceite.

Trunt se volvió justamente a tiempo de ver a un hombre que cargaba sobre él puño en alto, dispuesto a golpearle en el cráneo. El instinto le hizo disparar el pie derecho contra una de las piernas de su adversario.

Un aullido se escapó de sus labios al sentir un vivísimo dolor en el miembro. Sin poder contenerse, empezó a dar saltitos sobre el otro pie, mientras su adversario, sorprendido, rodaba por el suelo.

Durante unos segundos, Trunt creyó que había pateado una columna de mármol. Sin embargo, no tardó en comprender la verdad.

El otro se levantó con cierta rapidez. Trunt supo que atacaría hasta matarlo. Procurando olvidar el dolor de su pie, sacó la pistola y disparó a tres pasos de distancia.

El proyectil de choque alcanzó el pecho de su adversario. Se oyó un fuerte rebufo y luego sonaron metales desgarrados y vidrios rotos. El atacante, despedido hacia atrás por la violencia de la onda de choque, se estrelló contra la pared y cayó al suelo, despidiendo columnitas de humo por los orificios nasales.

—No era más que un robot —masculló Trunt indignado, mientras se daba masaje en el pie dolorido…

Luego se dijo que, gracias al chirrido de la articulación de su brazo, había podido prevenir el ataque.

—Si me alcanza con el puño en la cabeza, me hunde la bóveda craneana —murmuró, sintiendo que el dolor se iba mitigando poco a poco.

Luego se acordó del cuerpo humano caído en el suelo. Le dio la vuelta y se arrodilló junto al diputado.

Bengy respiraba todavía. No obstante, era fácil ver que agonizaba.

—¡Diputado! —llamó Trunt.

Bengy abrió los ojos lánguidamente. Trunt se estremeció al ver en el lado izquierdo del cráneo del moribundo la horrible señal de un puñetazo asestado con una mano de acero.

Parecía increíble que un hombre pudiese vivir en semejantes condiciones, pero era fácil de advertir que Bengy no duraría ya mucho. Los labios del agonizante se abrieron para dar paso a un soplo apenas inteligible.

—¿Capitán Trunt…?

—Sí, el mismo, señor Bengy. Hable, deme el mensaje…

—En… Robotia… FI-2300…

El cuerpo de Bengy sufrió de repente una intensa convulsión. Dobló la cabeza a un lado y quedó inmóvil.

* * *

—Ya he hablado con mi tío —dijo Carla—. Ahora mismo enviará a una patrulla para investigar.

—Encontrarán a un diputado muerto y a un robot descacharrado —manifestó Trunt, mientras se servía una copa—. Y por un pelo no encuentran también mi cadáver.

—¿Cómo presintió que el robot iba a atacarle?

—Bueno —dijo él, sonriendo de mala gana—, si los robots quieren parecerse a los humanos, resulta lógico que cometan errores.

—¿Cuál fue el error que cometió en este caso, capitán?

—Falta de grasa en la articulación del hombro derecho. Una bisagra chirrió y eso hizo que yo volviera la cabeza. Si se hubiera tratado de un humano, habría percibido su aliento o su respiración, pero los robots no respiran.

—Es cierto —convino Carla pensativamente—. Capitán, ¿por

qué mataron al diputado?

—Lo ignoro —respondió Trunt—. Que yo sepa, fue el único que votó a favor de Robotia en la sesión del Parlamento dedicada a discutir su ingreso en la Comunidad, ¿no es cierto?

—Sí, pero ¿es motivo suficiente para un asesinato?

Trunt vació su copa.

—La política ha dado siempre muchos fanáticos —declaró en tono sentencioso—. Personalmente, me importa un comino que Robotia ingrese o no en la Comunidad Subgaláctica, pero hay muchísimos que opinan todo lo contrario.

—El nuevo racismo —calificó Carla.

—Sí, si se considera a los robots como una raza.

—Algunos parecen opinar así, capitán.

Trunt se encogió de hombros.

—Eso no nos resolverá el misterio de la muerte de Bengy —contestó.

—¿Se le ocurre alguna idea acerca de dónde pueda hallarse esa solución?

—En Robotia. Bengy tuvo tiempo de darme el cifrado de un robot. Lo buscaremos y…

Carla se estremeció.

—Capitán, Robotia es un planeta habitado por cientos de millones de hombres mecánicos —dijo.

—Bueno —replicó él—, los robots han luchado tanto por parecerse a nosotros, que han acabado también por adquirir algunas de nuestras debilidades.

—¡Vaya! —resopló Carla—. Yo creí que un robot era invulnerable a los sentimientos meramente humanos.

—No en Robotia, Carla. La sociedad robótica de ese planeta está altamente evolucionada. Sólo les faltan dos cosas para parecerse por entero a nosotros.

—¿Cuáles son, capitán?

—Alimentarse es una de ellas.

—¿Y la otra?

—El amor.

Carla le miró fijamente.

—Capitán, no irá a decirme que un robot es capaz de sentir amor… como lo sentimos los humanos.

Trunt hizo un gesto ambiguo.

—No lo sé, Carla —contestó—, pero la última vez que estuve en Robotia vi algo que me hizo pensar mucho.

—¿Qué era, capitán?

—Mujeres, Carla.

—¿Cómo? —se asombró ella.

—Lo que oye. Robots con figura de mujeres.

Ella tenía la boca abierta.

—Pero… no lo entiendo —dijo—. Los… los sentimientos de un robot operan a base de la acción de unos circuitos… Hay interconexiones entre los circuitos de memoria y los de acción… pero no entiendo qué objetivo tiene construir robots con figura femenina.

—¿Y qué más da, si al fin y al cabo son máquinas? Por fortuna, no se les ocurrió construirlos con figura de camello.

—Esto no es cosa de broma, capitán —dijo ella muy seria—. Lo que acaba de decirme me preocupa bastante.

—A mí hay dos cosas que me preocupan más, Carla.

—Dígamelas, por favor.

—Primero, el robot que mató al diputado Bengy. No es un robot de los que usamos nosotros. En sus circuitos está insertada la terminante prohibición de causar el menor daño a los humanos, cosa que no sucede en los robots «nacidos» en Robotia. Su xenofobia no es precisamente un sentimiento amistoso.

—Cierto —concordó la chica.

—Por tanto, ahora, usted que tiene influencia con el jefe de la policía, debe decirle que los circuitos memorísticos del robot asesino deben ser examinados minuciosamente. Así sabremos quién le dio la orden de asesinar a Bengy, porque no es de suponer que el robot cometiese el crimen por su cuenta, sin influencias extrañas.

—De acuerdo, capitán. ¿Cuál es la otra cosa que le preocupa?

—El cargamento de neoferrita. Tengo que conseguirlo antes de lo previsto, pues no puedo ir a Robotia sin ese mineral; de lo contrario, nuestro viaje resultaría perfectamente inútil.

* * *

Trunt entró en la taberna y se dirigió hacia el mostrador, en el

que se apoyó con aire negligente. Una barmaid orionita, de piel rojiza, guapetona y busto generoso, acudió en seguida con una sonrisa profesional en los labios.

—¿Qué va a ser capitán? —preguntó.

—Dame una copa de vino de tu país, Yrdya —pidió Trunt—. Te veo más guapa que nunca —añadió.

La barmaid se esponjó.

—Estás mintiendo —contestó, mientras destapaba la botella.

—Digo la verdad, Yrdya —insistió él.

—No, mientes, porque no demuestras con hechos lo que expresas con palabras.

—Bueno, Yrdya, he estado muy ocupado estos días…

—Huyendo de la policía, ¿verdad? —dijo ella sarcásticamente, a la vez que se acodaba en el mostrador, a fin de hacer ostentación de sus innegables atractivos físicos—. Ya me enteré del jaleo que tuviste en «La Estela de Fuego».

—Hay tipos que no saben asimilar dos copas de vino —contestó Trunt sin darle importancia al asunto—. ¿Qué reservado tienes libre, Yrdya?

—¿Para nosotros dos? —preguntó ella ansiosamente.

Trunt dejó una moneda sobre el mostrador.

—Estoy esperando a un amigo —manifestó.

Yrdya tomó la moneda con gesto despechado.

—Podías haberte ahorrado el viaje hasta aquí —contestó de mal talante.

Trunt sonrió.

—Cuando ese amigo se haya ido, sube una botella. Nos la beberemos juntos —prometió.

Los ojos de la orionita emitieron un brillo singular.

—Correrá por cuenta de la casa —prometió.

Trunt no tuvo que esperar mucho. Apenas cinco minutos después de haberse acomodado en el cuarto, se abrió la puerta y entró un individuo de aspecto receloso y ojos que no permanecían quietos un solo instante.

—¿Capitán? —saludó.

—Pase, amigo Chee —invitó Trunt—. ¿Quiere beber?

—No, gracias. Estoy de servicio y me he escapado unos minutos. Tengo que irme en seguida, ¿sabe?

—Como guste, Peter Chee. Necesito un cargamento de neoferrita para dentro de una semana.

—¡Imposible, capitán! Podré entregárselo, como máximo, dentro de veinte días, pero antes…

Sin hacer el menor signo de contrariedad, Trunt metió la mano en el seno y sacó un paquete que lanzó sobre la mesa.

—Hay cinco millones —dijo—. El precio es de cuatro millones, usted sabe mejor que nadie cómo distribuir el dinero. El millón de más es por las prisas…

—Pero, capitán…

—No me ponga objeciones, Chee. Necesito ese cargamento lo tendrá listo para dentro de una semana en el lugar acostumbrado. ¿O prefiere que vaya a alguno de sus numerosos competidores? Puede que alguno me hiciera el favor por un tercio menos de lo que le doy a usted.

El paquete desapareció rápidamente entre los ropajes del sujeto.

—Conforme, capitán —accedió—. Dentro de siete días, en el lugar y a la hora acostumbrados.

—Sabía que lo haría, Chee —sonrió Trunt—. Una cosa: quiero que sea neoferrita. No me ponga escombros en el interior del embalaje, ¿comprende? El peso íntegro, salvo el de los cajones, ha de ser de neoferrita.

—Pero, capitán, yo soy incapaz de engañarle a usted…

—La última vez por poco si me cuesta un disgusto con los robots —dijo Trunt severamente—. Pude arreglarlo, pero no quiero que me ocurra por segunda vez. Ahora tengo un detector de densidades y sabré si dentro de los cajones hay algo más que neoferrita. Creo que la cosa ha quedado bastante clara, ¿no?

Chee reiteró jurando y perjurando que no habría engaño. Trunt quedó solo y, durante unos segundos, vaciló en llamar a Yrdya por el fonovisor interno del local.

De pronto, sonó un leve zumbido. Asombrado, Trunt dio el contacto y la pantalla del fonovisor se iluminó casi instantáneamente.

El rostro de Yrdya apareció en la imagen. Ella se retiró un par de pasos y colocó ante el objetivo de la cámara un papel escrito, con un mensaje:

¡CUIDADO! CREO QUE TE ESTÁN VIGILANDO DESDE EL

RESERVADO NUMERO 7.

Capítulo. V

Mentalmente, Trunt agradeció el gesto a la orionita. Si le estaban vigilando, resultaba evidente que también escuchaban o habían escuchado lo que se hablaba en el cuarto.

Agitó la mano en señal de asentimiento. Yrdya cerró el contacto.

Trunt se puso en pie y corrió a la puerta, que abrió un poco. En lugar de pasar al reservado contiguo, esperó irnos instantes.

Casi en seguida oyó ruido de pasos que sonaban procedentes del reservado número siete. Trunt se dispuso a actuar.

El hombre pasó por delante de él. Trunt abrió la puerta, alargó los brazos y tiró del cuello del sujeto, introduciéndolo a viva fuerza en el cuarto.

El espía, sorprendido, no tuvo tiempo de reaccionar. Por otra parte, la sorpresa de Trunt no fue menor al notar, por el peso, que se trataba de un robot.

La máquina reaccionó y trató de atacarle. Sus pupilas artificiales brillaban con fuerza, señalando con su resplandor un incremento del voltaje en el circuito de la ira.

Trunt se preparó para repeler el ataque. Podía haber destrozado al robot con una descarga de su pistola de choque, pero prefirió inutilizarlo, aprender cómo se debía luchar con un robot sin destruirlo.

Cuando la máquina cayó sobre él, Trunt extrajo de su bolsillo una pequeña linterna, pero muy potente, cuyos rayos luminosos lanzó a los objetivos que eran los ojos artificiales del robot. Cegado en un ojo, el robot erró su golpe y se destrozó la mano derecha contra el muro.

El robot no gritó de dolor; no era un ser humano a fin de cuentas. Pero acusó el golpe y más cuando Trunt enfocó la linterna hacia el otro circuito visual.

Desconcertado, el robot empezó a dar vueltas sin rumbo por la estancia. Trunt saltó a su espalda y le rasgó la ropa. La placa protectora de uno de los fusibles quedó al descubierto.

Actuando con singular rapidez, Trunt levantó la placa y arrancó el fusible. El robot empezó a cojear ridículamente, con medio lado

casi paralizado por la falta de corriente.

—¡Quieto! —ordenó Trunt.

El robot se paró. Con una intensidad de corriente muy inferior a la normal, su capacidad de resistencia a las órdenes humanas se veía considerablemente disminuida.

—¿Qué has estado escuchando? —preguntó.

—Lo… que hablabas… con… el otro… individuo —contestó el robot dificultosamente.

—Alguien te envió a espiarnos. ¿Quién era?

El robot movió la mano izquierda. Trunt creyó que se disponía a señalarle algo y no hizo nada para evitar el gesto. Fue un tremendo error.

La mano del robot hurgó en su tórax artificial. De pronto, brilló un súbito chispazo y el cuerpo de la máquina empezó a humear.

Furioso, Trunt pego un puntapié al robot y lo tiró al suelo. Acababa de darse cuenta de que el robot tenía insertada en sus circuitos la orden de auto-destrucción en caso de captura.

La puerta del reservado se abrió en aquel momento.

—¡Capitán! —exclamó Yrdya.

Trunt se volvió con el ceño fruncido.

—Gracias por el aviso —dijo.

—¡Era un robot! —exclamó ella, asombrada—. ¿Lo has destruido tú?

—No. Él mismo se provocó un cortocircuito en la sección de distribución de corriente.

—Vaya —comentó Yrdya—. Es la primera vez que veo suicidarse un robot.

—No es suicidio, sino autodestrucción y lo hizo porque alguien se lo ordenó si era capturado. De todas formas, no podrá repetir a nadie lo que haya podido escuchar desde el otro reservado.

Trunt se inclinó y hurgó en las ropas del robot, encontrando un audífono que podía aplicarse a la pared. Miró a Yrdya y movió la cabeza.

—Lo oyó todo, en efecto —confirmó—. ¿Cómo sospechaste de él, Yrdya?

—Me pidió un reservado libre a poco de haber subido tu amigo. Me pareció un poco rara su forma de hablar, pero hasta pasado un buen rato no caí en la cuenta de que era un robot.

—Comprendo —sonrió Trunt—. Gracias otra vez, Yrdya.

La orionita entendió el sentido de despedida de aquellas palabras.

—¿Te marchas ya, capitán? —preguntó—. Tenía la botella preparada para los dos…

Trunt le dio una palmadita en la mejilla.

—Otro día, hermosa —denegó cortésmente la invitación—. Después de lo que ha pasado, francamente, no me siento con humor para divertirme.

—Sólo era una máquina, capitán —insistió Yrdya con voz incitante.

—Lo siento —repitió él.

Desde la puerta se volvió y lanzó una moneda de oro al aire. Yrdya la atrapó antes de que llegara a su escote.

—Por las molestias de llevar ese trasto a la chatarra —dijo él a guisa de despedida, dedicándose una sonrisa.

* * *

—¿Se traía de una conspiración, Laird?

Trunt contempló al trasluz el contenido de su copa.

—¿Qué le hace suponer que se trata de una conspiración, Carla? —preguntó.

—Todo —respondió ella con voz firme—. La muerte de Bengy, el ataque del robot, el espionaje de que fue objeto en la taberna… Pero todavía hay más, Laird.

—¿De veras? Hable, Carla, se lo ruego.

—Se trata del robot que asesinó al diputado. Mi tío ordenó que los especialistas analizaran los circuitos.

—¿Qué resultó de esa especie de «autopsia»?

—Nada. Los circuitos estaban en blanco, salvo la grabación de la orden de asesinar a Bengy. ¿Puede darse ese caso, Laird?

—Se ha dado ya, puesto que usted lo dice, Carla.

—Pero eso no es normal. El otro robot que trató de atacarle a usted…

—Lo que demuestra su procedencia del planeta Robotia. Ese robot, por decirlo así, actuó parcialmente hipnotizado.

—No entiendo —alegó Carla—. Todo esto es demasiado confuso

para mí, Laird. ¿Un robot hipnotizado, aunque sólo sea en parte? ¿Dónde se ha visto una cosa semejante?

—Era sólo una metáfora comparativa, Carla. Imagínese a un ser humano hipnotizado. Por acción de la droga o bien de la simple sugestión de otra mente, ese individuo comete un asesinato. Es sorprendido apenas realizado el hecho y entonces el instinto le hace reaccionar y defenderse. Lo mismo le sucedió al robot.

—Pudiera ser —admitió ella—. La inteligencia de un robot de Robotia está mucho más desarrollada en aquel planeta que en el resto de la Comunidad Subgaláctica.

—Porque aquí les enseñamos ferozmente a obedecer a los humanos y no toleramos la menor desviación en la disciplina que se les inculca en las fábricas. Es más, resulta inimaginable suponer que un robot fabricado fuera de Robotia pueda atacar a las personas; pero eso no sucede en Robotia, donde la iniciativa privada no sólo es libre, sino que se estimula por el gobierno de aquel planeta.

—Me siento admirada —declaró Carla—. Un planeta habitado exclusivamente por robots… y con un gobierno similar al de cualquier otro planeta habitado por humanos.

—Así es —confirmó Trunt—. En Robotia, los robots no tienen que respetar al humano, sencillamente, porque no hay humanos. Esto, como es lógico, les ha permitido desarrollar su capacidad de raciocinio…

—Un raciocinio evolucionado mecánicamente, Laird.

—Llámelo como quiera, pero la realidad no es más que una.

—Sí —murmuró ella—, todo eso es cierto, pero todavía nos falta aclarar un punto.

—¿Cuál? —preguntó Trunt.

—Si esos robots no han sido fabricados aquí, ¿cómo han llegado entonces a este planeta?

Trunt se encogió de hombros.

—Tal vez lo sepamos cuando lleguemos a Robotia, lo que sucederá, si mis cálculos no están equivocados, dentro de tres semanas —contestó.

* * *

Rod Kybb era el segundo de a bordo de la nave de Trunt y se

sentía impaciente. Consultó el reloj de esfera luminosa y lanzó un gruñido:

—Esos tipos de la neoferrita ya deberían estar aquí, capitán.

—Calma, Rod —dijo Trunt—. Hasta ahora el retraso, es mínimo.

—Estoy asombrada de mí misma —murmuró Carla, situada junto a los dos hombres—. Es la primera vez que voy a asistir a una acción ilegal.

—No lo sería si no existieran disposiciones estúpidas que limitan la producción de neoferrita, con el fin de encarecer los precios —se quejó Trunt—. Hay mineral en abundancia y si dejasen libres su producción y venta, ganarían, por lo menos, igual, pero se evitarían estos quebraderos de cabeza.

—Se los proporcionan ustedes, los contrabandistas.

—Consideran la neoferrita como algo de tanto valor como los diamantes, y ciertamente es un mineral valioso por sus cualidades. Pero la mayor parte de las ganancias se les van en el personal encargado de la represión del contrabando, cosa que, por otra parte, no siempre consiguen.

Carla asistió. Trunt tenía razón.

—Capitán —dijo el segundo—, ¿no le habrá jugado Chee una mala pasada?

—¿Se siente aprensivo, Rod? —sonrió Trunt.

—A decir verdad, sí, señor.

—Es posible que Chee me haya engañado, pero, sería su último engaño. No lo creo, sin embargo; a él, tanto como a mí, no le gustaría ser descubierto. ¿Cree que somos nosotros los únicos compradores clandestinos de neoferrita? Si Chee me engañase, haría correr la voz y su negocio se terminaría en veinticuatro horas.

—Puede que sí, pero…

El segundo no estaba todavía muy persuadido de la «honradez» de Peter Chee. No obstante, mentalmente decidió concederle un margen de confianza.

A la luz de los tres satélites que alumbraban por la noche el planeta-capital del Sector Subgaláctico, Carla pudo examinar el lugar en que se hallaban, al pie de una colina de forma alargada, al otro lado de la cual, aunque a cierta distancia, se hallaba la fábrica de transformación del mineral de neoferrita.

Detrás de ellos se encontraba la nave auxiliar de carga, un

artefacto de forma alargada, que más parecía una gigantesca caja de zapatos con aristas redondeadas y la proa inclinada. El vehículo carecía de ruedas y sólo usaba cuatro patas retráctiles para posarse en el suelo cuando no estaba en movimiento. En la cabina de mandos, dispuesto a despegar cuando recibiera la orden, se hallaba uno de los miembros de la tripulación de la astronave de Trunt.

Las luces del vehículo, naturalmente, estaban apagadas. Trunt frunció el ceño y empezó a compartir las inquietudes de su segundo.

Sí, Peter Chee se retrasaba demasiado.

Capítulo VI

De pronto, Kybb lanzó una apagada exclamación:

—¡Creo que ahí viene!

Algo se movía frente a ellos. Trunt, prevenido, tanteo de culata de su pistola de choque. No tenía ganas de pagar las consecuencias de una posible traición.

Un aeromóvil de carga, movido por antigravedad, se deslizaba silenciosamente hacia ellos. El vehículo consistía simplemente en una cabina de mando, un departamento para los generadores de fuerza y una plataforma sobre la que se veían media docena de enormes cajones de fuertes tablones de madera sintética.

El piloto detuvo su vehículo frente a ellos y saltó al suelo.

—¡Su cargamento, capitán! —anunció.

—Me alegro infinito de verle, Peter Chee —replicó Trunt—. Se ha demorado bastante.

—Había más vigilancia que ordinario. No fue fácil salir del recinto —contestó Chee.

—Comprendo. Rod, el detector de densidades —ordenó Trunt.

—Sí, capitán.

—Todo lo que hay dentro de los cajones es neoferrita pura. No hay nada de ganga para aumentar el peso —manifestó Chee.

—De acuerdo, de acuerdo, pero uno tiene derecho a comprobar las cosas por sí mismo, ¿no? Sobre todo, cuando este cargamento le ha costado un veinte por ciento de lo normal… si normal se puede llamar a pagar una cosa al doble de su valor.

Chee enrojeció en la oscuridad.

—La mayor parte de las ganancias se me fueron en «abreviar» los preparativos —se disculpó.

Mientras, Kybb, armado del detector, examinaba los cajones escrupulosamente. El aeromóvil —carguero se había estacionado junto a la nave, y en ésta, su piloto había abierto una gran escotilla lateral, junto a la cual aguardaban algunos hombres de Trunt, dispuestos a transferir la carga en el momento que se diera la señal.

Al cabo de unos minutos, Kybb dijo:

—Todo en orden, capitán. Él detector no señala ninguna

anomalía.

—Está bien, Rod. Comiencen el traslado.

—Sí, señor.

Una grúa instalada en la nave auxiliar empezó a levantar los grandes cajones, que, una vez franqueada la escotilla, eran conducidos, en una plataforma con ruedas, al lugar previamente designado de la bodega de carga. La operación se efectuaba con rapidez y destreza.

De repente, cuando ya estaba en el aire la última caja, con un contenido de más de veinte toneladas de metal, se encendió una luz vivísima que deslumbró a todos los presentes, a la vez que se escuchaba una voz atronadora:

—¡Atención a todos! ¡Levanten las manos y permanezcan inmóviles donde se encuentran! ¡Quedan detenidos por contrabandistas!

Carla lanzó un grito de espanto. A su lado, Trunt reaccionó con increíble rapidez y sacó su pistola.

Todavía estaba hablando el individuo, cuando ya Trunt apretaba el disparador del arma hacia el foco. Un proyectil, que al estallar liberaba una enorme cantidad de energía en forma de ondas de choque, se dirigió rectamente hacia el reflector.

La bola que formaba el proyectil, y que contenía en su interior una enorme cantidad de aire comprimido a presión elevadísima, estalló y la expansión repentina del aire contenido en su interior hizo saltar el reflector en mil pedazos.

La luz se extinguió. Se oyó un atroz juramento.

—¡Captúrenlos!

—¡Carla, arriba, pronto!

La chica se lanzó a la carrera hacia la nave. Chee, aterrado, se tiraba literalmente de los pelos.

—Va a ser mi ruina, me encerrarán de por vida…

—No se queje y lárguese —le aconsejó Trunt.

De pronto, divisó varias sombras que corrían hacia ellos. Trunt disparó varios proyectiles, apuntando bajo, a fin de no herir directamente a ninguno de los guardias.

Las explosiones hicieron volar la tierra por los aires y levantaron espesísimas nubes de polvo, que obligaron a detenerse a los atacantes, cegados y aturdidos por las descargas. Algunos de ellos,

incluso, cayeron derribados a causa de la violencia de las ondas expansivas.

En medio de aquel jaleo, Trunt divisó una nave de patrulla que se acercaba despacio al lugar. De pronto sonó un grito:

—¡Arriba, capitán! ¡Todo está listo ya!

Trunt echó a correr hacia la nave auxiliar. Alcanzó la escotilla y se lanzó precipitadamente de cabeza al interior. Unos fuertes brazos le ayudaron a incorporarse. Cuando lo hizo, vio que Peter Chee había vuelto a la nave de carga e intentaba huir de allí.

Los guardias persistían en sus intentos de captúrales. Trunt los dispersó con las últimas cargas de su pistola.

Chee levantó su aeromóvil y trató de huir. Fuera por precipitación, fuera por nerviosismo, la maniobra le salió mal y se lanzó contra la nave patrullera.

Se oyó un terrible estruendo. Las dos naves cayeron a tierra pesadamente, aunque, por fortuna, el choque se había producido a pequeña velocidad. Chee, tambaleándose, gimiendo de pánico, salió de su aparato e intentó escapar.

Alguien furioso, disparó contra él con una pistola atómica. Chee se convirtió en una nubecilla de polvo, que bien pronto se confundió con el que habían levantado los disparos de Trunt.

La nave auxiliar alzó el vuelo y desapareció rápidamente del lugar. Carla estaba asustada.

—Ahora enviarán a las patrulleras a perseguirnos —dijo.

Trunt se echó a reír.

—No tema —dijo—. No hay motivos para asustarse ya.

—Pero tenemos que ir al Astropuerto. Las fuerzas de orden estarán alerta…

—Carla, ¿me cree tan tonto? —contestó él—. Mi astronave se encuentra ya en el espacio, con toda la documentación en regla, incluido, como es lógico, el permiso de despegue. Cuando uno se dedica al contrabando de neoferrita, tiene que atar bien todos los cabos o, de lo contrario, se ve obligado a abandonar el negocio.

—Es posible que tenga usted razón —admitió Carla—, pero un cabo, al menos, se le quedó sin atar.

—¿Se refiere a la inesperada aparición de esa patrulla? —preguntó Trunt—. Ciertamente, resulta raro y no voy a suponer que Chee les avisó para estropearnos el negocio en el último instante. A

él le convenía menos que a nosotros.

—Indudablemente, alguien dio el soplo —dijo Carla—. Tengo entendido que una cosa así no le había sucedido jamás.

—Es cierto, por lo que el asumo me preocupa también muchísimo. A decir verdad, no llego a adivinar quien pudo delatarnos a la policía.

—Yo se lo diré, capitán —intervino Kybb—. Es decir, voy a exponer la hipótesis que se me ha ocurrido.

—Adelante, Rod —invitó Trunt de buen grado.

—El robot que espiaba en la taberna de Yrdya, la orionita.

—Pero yo lo destruí…

—Ciertamente. Usted lo destruyó, pero ¿no cabe la posibilidad de que fuese transmitiendo la conversación a medida que hablaban usted y Chee? Dese cuenta, el robot, en medio de todo, es una máquina… y alguien le pudo insertar una emisora de radio conectada con sus circuitos de registro de sonido.

Trunt se quedó con la boca abierta.

—¡Demonios! ¡Eso no se me había ocurrido a mí! —exclamó.

—Pues es la única explicación que cabe —afirmó el segundo.

—Entonces, ¿por qué han llegado tarde? —se extrañó Carla.

—Por la sencilla razón de que Chee y yo no mencionamos el lugar donde se haría la entrega de la neoferrita —contestó Trunt.

—Con tal de que no nos persigan por el espacio —suspiró la chica—. Ahora ya saben que llevamos un cargamento de más de cien toneladas de neoferrita. ¿Permitirán que llegue a su destino?

Trunt hizo un gesto de aprensión.

—Tendremos que conseguirlo o no podremos obtener noticias del paradero de su padre —contestó.

* * *

Robotia estaba ya a la vista.

Aparentemente, era un planeta como los demás de su clase: tenía atmósfera respirable, había agua abundante y continentes con vegetación y animales que hubiesen permitido una fácil existencia a los humanos… si sus robóticos habitantes hubiesen autorizado la instalación de colonias de seres pensantes.

Carla contemplaba la superficie del planeta a través de un

telescopio. Sus aprensiones acerca de la persecución de la astronave por algunas patrullas espaciales no se habían concretado, por fortuna.

—Me pregunto cómo es posible que en ese planeta se originara una vida robótica —dijo—. En los humanos, ocurrió por evolución, pero eso no puede suceder con los robots.

—Ciertamente, las máquinas evolucionan, aunque no por sí mismas, sino por sus constructores, que suprimen defectos y aplican mejoras. Sin embargo, éste no es el caso de los robots. Ellos se perfeccionaron a sí mismos, Carla.

—Lo sé. Pero me gustaría saber también cómo se descubrió este planeta habitado exclusivamente por robots.

Trunt sonrió.

—El descubrimiento fue casual, como suele acontecer en todos estos casos. Una nave que aterriza en un planeta desconocido, sus tripulantes que exploran los alrededores… y el hallazgo de una civilización robótica de elevadísimo grado tecnológico.

—Pero todavía hay cosas que yo no entiendo —dijo Carla—. Esos robots, por más que «piensen» con sus circuitos, son máquinas, al fin y al cabo. No comprendo el objeto que persiguen con fundar, mantener y hacer progresar una civilización que no tiene sentido para ellos.

—¿Cómo que no tiene sentido? En ciento cincuenta años, el número de robots se ha multiplicado por mil. Cuando se descubrió Robotia, los primeros informes señalaban una población de aproximadamente trescientos mil robots. Las últimas estadísticas señalan que hay alrededor de trescientos millones.

Carla se estremeció.

—Trescientos millones de máquinas pensantes —dijo—. Pero ¿sólo por construir más robots elevaron tanto su grado de civilización? Porque los robots, naturalmente y por la pura lógica de ser una máquina, han de carecer de determinadas ambiciones humanas, que, a fin de cuentas, han sido los motores que impulsaron nuestra civilización. Un ser humano tiene la ambición de trabajar y llegar a ser más de lo es por muchos motivos: ganar dinero, fundar una familia, adquirir fama, prestigio, honores, deseos de figurar en política o en los negocios… Eso no puede suceder en Robotia, Laird.

—Es cierto, pero no olvide que los robots han seguido construyendo más robots y que continúan construyéndolos.

—Eso es el sustitutivo mecánico de la propagación de la especie humana —arguyo Carla.

—Es la propagación de la especie robótica —sonrió Trunt.

—Y han llegado a un grado de adelanto tal, que solicitan su reconocimiento como nación planetaria y el derecho a ser admitidos en la Comunidad subgaláctica. ¿Opina usted que debe concedérseles?

Trunt se encogió de hombros.

—Bien mirado, pienso que son unas máquinas y no se puede pretender que una máquina ocupe un escaño en el Parlamento Sectorial y discuta con los otros diputados acerca de política. Pero, por otra parte, no podemos cerrar los ojos a la realidad.

—¿Qué realidad, Laird?

—Los robots están ahí. Forman una unidad geopolítica, tienen su gobierno y sus leyes y, mecánicamente o no, razonan y argumentan y son capaces de discutir sobre todos los temas habidos y por haber. Nos guste o no, hemos de admitir estos hechos y obrar en consecuencia o atenernos a los resultados de nuestra ceguera.

—¿Opina que esos resultados podrían ser perniciosos para los seres humanos?

—Beneficiosos, desde luego que no. ¿Por qué ha de llevar yo la neoferrita de contrabando, en lugar de comerciar con la cara descubierta y con todas las garantías legales?

—Los robots se la piden, Laird.

—Porque el gobierno del Sector Subgaláctico se niega a venderla, de la misma manera que se niega a entablar todo género dé relaciones con ellos.

—Los robots son xenófobos.

—Consecuencia de la actitud de los humanos hacia, ellos.

—¿Actitud hostil?

—Sí, Carla. Ya le dije que a mí no me hacen daño, precisamente porque, aunque no me gusten demasiado, no los he tratado como máquinas. Hablan, andan, piensan, razonan… si son máquinas o no, me importa un rábano. Yo ando, pienso, argumento, hablo… Si se me mira con ojos de robot y no pretendo considerarme superior a éste, ¿por qué han de hacerme daño?

Era un alegato llenó de sensatez, reconoció Carla en su interior. Pero, ¡resultaba tan difícil tratar a los robots como a iguales!

De repente, se oyó una voz por los altoparlantes internos de la astronave:

—¡Capitán, al puente!

Capítulo VII

Trunt y Carla estaban en una de las cubiertas de observación de la nave y la abandonaron a la carrera al escuchar aquella llamada. Alcanzaron una escalera de caracol, por cuyos peldaños descendieron precipitadamente.

Momentos después, llegaban a la cámara de mando. Kybb y un par de tripulantes contemplaban los instrumentos con gestos preocupados.

—¿Qué sucede, Rod? —preguntó Trunt.

—Hemos captado señales de una nave desconocida —explicó el segundo—. Orbitó muy cerca de nosotros, aunque no a distancia visual. Los impulsos en la pantalla de energía eran muy fuertes.

—Una nave de gran tamaño —calculó Trunt en el acto.

—Lo mismo opino yo, capitán —dijo el observador de turno—. Debe de tratarse de una astronave transgaláctica, con capacidad para, al menos, cinco mil pasajeros.

—Tiene que ser así, dada la potencia de las señales de sus motores —añadió Kybb.

—Pero no estamos en las rutas de las astronaves transgalácticas —alegó Trunt—. Ninguna nave de pasajeros cruza este sector. ¿Han tratado de comunicarse con ellos?

—Sí, señor, pero no han dado respuesta alguna.

—Quizá no captaron las llamadas…

—Las han captado, señor; estamos seguros de ello —contestó Kybb.

Trunt se acarició la mandíbula.

—Es dudoso que una nave transgaláctica no pueda responder a un mensaje enviado desde tan cerca. Todos sus sistemas de comunicación no pueden haberse averiado a un tiempo.

—Disponen de muchos transmisores de emergencia —manifestó el observador—. A la distancia que nos. hallábamos, podrían habernos contestado incluso con uno de juguete.

—Una nave de cinco mil pasajeros —murmuró Trunt con gesto pensativo—. ¿Se dirigía a Robotia?

—Sí, señor; sobre eso no cabe la menor duda.

—Una nave de pasajeros no suele llevar otra cargar que el combustible, aire, agua y provisiones, además de los equipajes personales. No parece que se dirija a Robotia para cargar… pero ¿qué diablos podría cargar en ese planeta, si prácticamente sólo comercian con una cosa y nada más que cambio de neoferrita?

—Creo que tendremos que olvidar el incidente, capitán —sugirió el segundo de a bordo—. Estoy seguro de que esa astronave no va a Robotia precisamente para establecer relaciones amistosas con sus habitantes.

—Pero yo sí tengo buenos amigos entre los robots —alegó Trunt —. Y no me gustaría que nadie les hiciera daño

—¿Lo dice por el interés de seguir comerciando con ellos? —preguntó Carla.

—Mire, cuando uno lleva mucho tiempo tratando a los robots, llega a olvidarse de que son máquinas. En realidad, su aspecto externo es absolutamente igual que el nuestro.

—Y ahora, además, hay robots con figura femenina —dijo Carla maliciosamente.

—A mí me dejan frío las mujeres-robots —terció Kybb—. De ellas sí que no es posible olvidar que son máquinas.

—Espero que no le oigan expresar sus pensamientos de esa manera —replicó la muchacha sonriendo—. Podrían enojarse.

Kybb se encogió de hombros.

—Cuando se lleva unos cuantos años tratando con los robots, se aprende a ser prudente… o se muere en su planeta. A mí no me importa la figura que ellos puedan adoptar; mi comentario fue solamente dirigido en el sentido de que no siento la menor emoción al ver una mujer que sólo lo es por el aspecto externo, pero que por dentro no es más que un conjunto de válvulas, circuitos, fusibles y generadores de fuerza.

El segundo se volvió hacia Trunt.

—Y dejando a un lado esta discusión —añadió— creo que debemos prepararnos para el aterrizaje en Robotia. ¿En el mismo lugar de costumbre, capitán?

—Sí, Rod. Lo haremos en el mismo sitio. Es un hábito que no podemos romper, so pena de sufrir inconvenientes. Los robots podrían considerarnos como sospechosos, ¿comprende?

—Sí, señor.

Carla lanzó una mirada hacia el planeta, cuyo tamaño iba aumentando velozmente.

Era un mundo de apariencia completamente normal. La vida parecía fácil en su superficie.

Pero estaba habitado por robots y los robots no merlán compartir su mundo con los humanos.

* * *

A medida que se acercaban al suelo, crecía el asombro entre todos cuantos viajaban en la astronave.

A su vez, Carla se sentía extrañada de que Trunt y sus tripulantes estuviesen asombrados.

—Pero ¿por qué? —exclamó—. Veo una gran ciudad, calles, edificios, jardines, plazas… ¿Le extraña encontrar una ciudad donde hay seres civilizados, aunque sean máquinas?

Trunt tardó algunos segundos en contestar.

La nave, sustentada por sus poderosos motores antigravitatorios, perdía altura con creciente lentitud. En más de una ocasión, Trunt tuvo que consultar el mapa de Robotia, incluyendo más de un cálculo de la elevación del suelo con respecto al nivel de los mares robotianos.

Consultas y cálculos eran perfectos, idénticos en un todo al de aterrizajes anteriores. No había, pues, posibilidad de error.

Y, sin embargo, en el lugar donde un año antes eran sólo campos sin cultivar, se alzaba ahora una ciudad de medianas dimensiones, con algunos jardines bastante bien cuidados, calles trazadas con regla y plazas en muchas de sus intersecciones.

En realidad, no se podía decir que los edificios fuesen bellos. Literalmente, eran cubos de mampostería, absolutamente lisos, a excepción de los huecos de puertas y ventanas, pero no se veía en sus fachadas el menor adorno.

Todos los edificios eran iguales, salvo dos o tres, de mayor tamaño que el resto. Cada casa tenía diez pisos y cada piso una hilera de ventanas perfectamente simétricas. En la planta baja había dos puertas por fachada.

Podía decirse que cada casa era una manzana; así pues, había dos puertas en cada fachada. Detalle singular y que chocó no poco a

Trunt, aparte del hecho de encontrarse con una ciudad que no existía un año antes fue que, ninguno de los huecos hubiese sido completado.

Las entradas carecían de puertas y no había postigos en las ventanas. El único adorno que Trunt pudo ver, si aquel objeto podía llamársele adorno, era una gigantesca antena de radio emplazada en la terraza del edificio principal de la ciudad.

Carla repitió la pregunta.

Sustrayéndose al hechizo en que había caído, Trunt respondió:

—Tiene que saber una cosa, Carla. No me extraña, hasta cierto punto, ver edificios en Robotia. A fin de cuentas, los robots tienen que ser fabricados y eso es una cosa que no se puede hacer al aire libre. Ciertamente, hay fábricas, laboratorios y estudios donde los robots trabajan y desarrollan la misión que cada uno tiene encomendada. Asimismo, hay minas de las que extraen los metales que necesitan y en esas minas hay barracones administrativos, cobertizos de almacenamiento y de protección de la maquinaria…, pero nunca, hasta ahora, había habido una ciudad en este planeta.

Ella le miró estupefacta.

—¿Es cierto lo que me dice, Laird?

—Absolutamente —corroboró él—. Esta ciudad no existía hace un año, puedo jurárselo.

—Pues… parece capaz de albergar a dos o trescientos mil habitantes, a juzgar por su extensión.

—Es posible, pero me siento desconcertado.

—¿Por qué? Es lógico que los robots quieran casas…

—Carla, un robot no necesita comer, ni dormir ni descansar… Es una máquina, entiéndalo bien; y las inclemencias atmosféricas no les afectan en absoluto, a no ser que se trate de bajísimas temperaturas que pudieran congelar la grasa de sus articulaciones. Por tanto, las casas sobran, como han sobrado desde tiempo inmemorial.

—Me siento pasmada —declaró la joven—. Nunca necesitaron casas, pero ahora las tienen.

—Sí, y me gustaría conocer los motivos. Se ve que son edificios prefabricados, de fácil ensamblaje; lo que ha debido de reducir muchísimo el tiempo de construcción. Pero, aun así, ¿para qué diablos quiere tener casa un robot?

—Usted dijo que los robots iban evolucionando. ¿No sintió cierto temor cuando vio que los había con figura femenina? Sus mentes mecánicas progresan, por decirlo de algún modo, y resulta lógico que, si se creen seres humanos, quieran vivir como tales.

Trunt meneó la cabeza.

—Es una respuesta que puede servir, pero no es toda la explicación de este enigma —contestó.

En aquel momento sonó la voz del segundo:

—¡Capitán, nos disponemos a aterrizar! ¡Estoy viendo un comité de recepción que acude a saludamos!

Trunt agarró el brazo de la muchacha.

—Vamos, Carla; es hora de que pongamos el pie en Robotia —invitó.

* * *

Trunt y Carla fueron los primeros en descender por la escalerilla adosada a una de las salidas de la astronave. Carla sentía cierto temblorcillo en las piernas al contemplar el grupo de inmóviles robots que permanecía a poca distancia.

Había, en efecto, robots con figura femenina. Todos tenían aspecto joven, rostro notablemente bello y esbelta figura. La vestimenta era análoga para «unos» y «otras»: blusa corta y pantalones que les llegaban hasta unos diez centímetros de la rodilla, si bien quedaban muy ajustados a las caderas y muslos artificiales.

Cada robot llevaba en la pechera de su blusa su cifra de identificación, compuesta por dos o tres letras y un número variable de guarismos. Por lo general, su pelo era oscuro, pero no negro del todo, ni tampoco abundaban las cabelleras rubias.

Uno de los robots se destacó del grupo. Trunt avanzó dos pasos.

—Eres el capitán Trunt —dijo la máquina—. Conservo tu imagen en mis circuitos de memoria.

—En efecto —contestó el aludido—. Sin embargo, y no quisiera ofenderte, yo no te recuerdo. Compréndelo, sois muchos y mi memoria no es tan buena como la tuya.

El robot no pareció impresionarse demasiado por aquellas frases halagadoras.

—Soy WY-800 —se presentó—. Imagino que, como de costumbre, traes un cargamento de neoferrita.

—Cierto —confirmó Trunt—. Sin embargo, habrás de permitirme una pregunta.

—Por supuesto —accedió WY-800.

Se trata de mi amigo, el robot con quien siempre me entendía en mis transacciones. Su… nombre era LIC-19.

Ah —contestó el robot con indiferencia—, lo siento, pero hace algunas semanas fue desmontado y sus circuitos de memoria fueron enviados a un horno de fundición.

Capítulo VIII

Carla contuvo una exclamación de asombro. Por su parte, Trunt hubo de apelar a toda su fuerza de voluntad para mantener su impasibilidad.

—Eso suena a ejecución, WY-800 —calificó.

—Exactamente. LIC-19 cometió un crimen y fue juzgado, lo hallamos culpable del mismo, debido a las pruebas presentadas ante sus jueces. Por tanto, se decretó su destrucción.

—Lo siento —dijo Trunt—. Bien, no albergo el propósito de interferir en la justicia de Robotia. Sólo soy un astronauta, que trata de hacer su negocio con unos buenos clientes. El total de la neoferrita que traigo es de ciento veinte toneladas.

—Muy bien —contestó el robot—. Se te pagará al precio acostumbrado y con el material de siempre. ¿Puedes ordenar a tus hombres que inicien la descarga?

—Desde luego. ¡Rod!

—¡Capitán! —contestó el segundo.

—Empiecen a descargar en seguida.

—Sí, señor.

—¿Puedo hacerte una observación, WY? Perdona que te llame así, pero es mi costumbre. WY-800 resulta un poco largo.

El robot hizo un gesto con la mano.

—No tiene importancia. ¿Qué es lo que quieres saber, capitán Trunt?

—Cuando estábamos a la vista de tu planeta, captamos señales de una astronave de gran tamaño, posiblemente transgaláctica. ¿Sabes si han llegado 2 Robotia otros humanos?

WY pareció sentirse preocupado.

—No, es la primera noticia que tengo —contestó.

Trunt frunció el ceño.

—Es extraño. Tal vez se tratase de una astronave con averías…, pero el hecho es que no contestó a ninguna de mis llamadas.

—Lo informaré luego al Centro de Control de Vigilancia Espacial —aseguró WY—. Gracias por tus palabras, capitán.

En aquel momento, Trunt sintió que Carla le tiraba de la manga

de su uniforme.

—Pregúntele por mi padre —cuchicheó la joven.

—Espere, ésta no es la ocasión propicia —respondió él.

—¿Ocurre algo? —inquirió el robot.

—No, nada de importancia —replicó Trunt—. ¿Traeréis aquí el cargamento de circuitos?

—Espero que sí, aunque la decisión no me compete a mí, sino a la Junta Superior de Comercio Extrarrobotiano.

Trunt se quedó viendo visiones al escuchar aquellas palabras.

—Eso… esa… bueno, esa junta no existía el año pasado…

Trunt inspiró con fuerza.

—Ah, ya, bueno —dijo—. Bien, no importa; sé que los robotianos fuisteis siempre honrados y justos en los tratos comerciales.

Una grúa hacía descender ya la primera caja con la neoferrita. A lo lejos se acercaban media docena de artefactos con ruedas, semejantes a viejos camiones de carga, con una cabina descubierta y una gran plataforma para el transporte de las mercancías.

De pronto, WY se puso rígido. Trunt observó que parecía como si el robot escuchase algo que él no podía oír.

Al cabo de unos segundos, WY dijo:

—Bien, señor. Transmitiré sus órdenes a los humanos mencionados.

Miró a Trunt y a Carla y agregó:

—Capitán, tú y la mujer que te acompaña debéis ir a la ciudad. Allí se os alojará convenientemente y esperaréis nuevas instrucciones.

A Trunt empezó a darle mala espina todo lo que sucedía, tan distinto de la última vez.

—¿Quién ha dado esa orden? —preguntó.

—El secretario personal del Presidente —contestó WY—. Por aquí, hacedme el favor.

Trunt y Carla intercambiaron una mirada. La joven estaba pálida.

Por su parte, Trunt no se sentía mucho más tranquilo. Pero sabía que no podía desobedecer la orden.

—Vamos, Carla. —Se volvió hacia la nave y gritó—: ¡Rod, hágase cargo de la nave hasta mi regreso!

—Bien, señor —contestó Kybb.

* * *

Asomada a la ventana de la habitación que le había sido asignada, Carla contemplaba el movimiento de la calle, de una ciudad cuyos habitantes eran máquinas con apariencia humana.

Carla creía soñar a veces. Todo lo que estaba pasando le parecía producto de una pesadilla. Aún no se había podido recobrar de la impresión sufrida en el aterrizaje.

La habitación estaba amueblada sobriamente: una cama, una mesa, una silla y una lámpara en el techo. Había un cuarto de baño contiguo, y esto era todo.

Era todo en lo que se refería a su alojamiento. En cuanto a las demás casas, Carla había podido ver que carecían en absoluto de mobiliario. Ni siquiera tenían iluminación.

Anochecía ya. La ciudad, sin luces nocturnas, tenía un aspecto triste, deprimente.

Llamaron a la puerta, Carla se volvió.

—¡Adelante!

Trunt entró en la estancia.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Desazonada, nerviosa, muy inquieta… —contestó ella.

—Lo mismo me pasa a mí —dijo Trunt—, pero hemos de procurar amoldarnos a las circunstancias. Las cosas han cambiado enormemente desde la última vez que estuve aquí. Antes no había ni siquiera gobierno, al menos, en la forma que ahora lo conocemos. Hoy, ya ve, tienen presidente, ministros, Juntas de Comercio… No hay duda, los robots se están haciendo cada vez más humanos.

—Eso me aterra, Laird, porque, pese a que razonan como seres humanos, carecen de sentimientos. Podrían matarnos con toda facilidad y no lo sentirían en absoluto.

—Es cierto —manifestó él en tono preocupado—. Sin embargo, confío en mis amigos.

—¡Mataron a LIC-19! —exclamó ella—. Aunque la palabra no sea tal vez correcta…

—Lo destruyeron —puntualizó Trunt—. Sin embargo, eso es muy extraño, porque, a menos que se trate de un accidente

gravísimo, con averías irreparables, un robot es «curado» siempre. Pero a LIC lo destruyeron y destruyeron, además, sus circuitos de memoria que, insertados en un nuevo cuerpo, podrían haberle hecho «resucitar». ¿Lo comprende ahora, Carla?

—Sí, aunque no comprendo por qué lo ejecutaron. ¿Qué crimen cometió, Laird?

Trunt se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, pero, fuera lo que fuese, la ejecución de LIC es la simple consecuencia de la evolución robótica. Un robot comete un crimen, es juzgado, sentenciado a muerte… y destruido absolutamente. Como si fuese un humano.

Carla se estremeció.

—Además, han fabricado «mujeres». Cada vez se parecen más a nosotros —dijo.

—Es cierto. Pero no es eso lo peor, Carla. LIC tenía buenos amigos que también lo eran míos. Quizá se haya perdido ya esa amistad.

—¿Lo sentiría usted?

—Sí, por dos razones. Una, que no sé si me atreveré a preguntarles por su padre, Carla.

—¿Y la otra?

—El diputado Bengy, antes de morir, citó el «nombre» de un robot: FI-2300. ¿Querrán decirme quién es? Y, en el supuesto de que me lo digan, ¿querrá FI franquearse conmigo?

—Han cambiado mucho las cosas, en efecto. ¿Qué ha pasado aquí, Laird? —preguntó la muchacha temerosamente.

—Algo muy grave, nada agradable para nosotros. Los robots pueden comunicarse entre sí por medio de sus emisoras propias, que llevan insertadas en sus cuerpos y mediante una clave de llamada particular de cada uno. Pero hasta hoy no había visto que alguien pudiera comunicarse, de desearlo, con todos los robots de este planeta.

—¿Cómo lo sabe usted? —exclamó ella, atónita.

—La antena de radio —le recordó Trunt—. ¿No se fijó en WY cuando recibía las órdenes relativas a nosotros? Estoy seguro de que ahora todos los robots, además de su circuito privado de radio, tienen otro general, conectado con una emisora central que, naturalmente, dependerá del gobierno.

—Eso… significa una sujeción total de los robots a quienes les gobiernan.

—Ni más ni menos —confirmó él.

—Tengo sed —declaró Carla de pronto.

Y echó a correr hacia el cuarto de baño, pero, antes de entrar en él se volvió y dijo:

—Laird, ¿se ha fijado usted en que las demás casas carecen de agua e instalaciones sanitarias?

—Es natural —respondió Trunt—. Un robot no necesita comer ni beber para «vivir». Por lo tanto, el cuarto de baño es algo superfluo para ellos.

—Ahorro de tiempo y materiales en las construcciones, ¿no?

—Exactamente.

* * *

—El presidente KOP-200 desea veros de inmediato.

Trunt fijó la vista en el robot que estaba ante la puerta. Leyó su «nombre»: EIS-95. Le pareció recordar aquella cifra.

—Estamos dispuestos —contestó—. Por cierto, ¿qué tratamiento debemos darle? ¿Excelencia…?

—Bastará con que digáis Honorable —respondió EIS—. ¿Queréis seguirme?

—Por supuesto. Vamos, Carla.

Salieron del piso y se dirigieron hacia la escalera, de una simplicidad absoluta. EIS llevaba una linterna.

—Debéis disculpamos —dijo—. Nosotros vemos bien en la oscuridad, aunque ya se están haciendo los planos para iluminar la ciudad. Una población sin luz por las noches no resulta agradable, ni siquiera para un robot.

—A eso se le llama psicología robótica —replicó Trunt—. Por cierto, EIS, me parece que tú y yo nos hemos visto antes.

—Es cierto —admitió el robot.

—Solías acompañar a LIC-19 cuando venía a recibirme en anteriores ocasiones, ¿me equivoco?

—No te equivocas —contestó EIS.

—Tengo entendido que LIC fue destruido. ¿Qué delito cometió?

—Por favor —rogó EIS, con un tono muy distinto del amable

usado hasta aquellos momentos.

Trunt se percató del cambio operado en el robot tan repentinamente. ¿Qué había hecho LIC para merecer la destrucción? ¿Por qué EIS se sentía de pronto tan… «nervioso»?, se preguntó.

Continuaron descendiendo escaleras. De súbito, cuando ya llegaban a la calle, EIS, con voz muy baja, dijo:

—Te hablaré de LIC en otra ocasión. Dispénsame, pero ahora me es imposible. Podrían oírme, ¿sabes?

Trunt apretó los labios.

«Cómo cambian las cosas en Robotia», pensó.

Antes no ocurría nada parecido. Ciertamente, los robots no se habían mostrado jamás amables con los humanos; todo lo contrario, los exterminaban sin piedad. No obstante, siempre se habían comportado bien con él, debido, seguramente, a que había tratado como personas a aquellas máquinas.

Salvando las diferencias existentes entre él y LIC, habían sido excelentes amigos, y también se había granjeado la amistad de la mayoría de los componentes del equipo con el que realizaba las operaciones del intercambio. Sin embargo, ahora todo parecía haber cambiado de manera radical.

¿Consecuencia de aquella colosal antena de radio?

No, se dijo; consecuencia de la evolución de los robots hacia estadios más humanos.

Ya habían crecido en ellos los sentimientos de miedo, recelo, altanería; había robots con figura de mujer, lo que implicaba, a la corta o a la larga, sentimientos amorosos… ¿Adónde iba a parar aquel planeta?

Las calles estaban silenciosas y a oscuras. Sólo se oían sus pasos resonando sobre el empedrado de grandes losas de cemento.

De repente, al salir de una esquina, oyeron voces:

—¡A ellos!

—¡Ahí están!

—¡Vamos, no perdamos esta ocasión!

Trunt se volvió. Un lazo cayó instantáneamente sobre sus hombros y el hombre que sostenía el otro extremo dio un fuerte tirón para sujetarle los brazos.

Capítulo IX

Sorprendido, Trunt empezó a caer, pero no fue una caída tan rápida que no pudiera contorsionarse en el aire, con lo que su choque contra el suelo quedó bastante amortiguado al apoyarse con las manos.

Carla gritó al caer también. En cuanto a EIS, sorprendido, no tuvo tiempo de reaccionar.

El lazo tiró de él con demasiada fuerza y su cabeza chocó con tremendo impacto contra la pared del edificio. Se oyó ruido de metal rajado y vidrios rotos y el humo empezó a brotar inmediatamente por los orificios nasales.

Alguien gruñó encolerizado:

—¡Imbécil! ¡Has destruido una pieza!

Trunt reaccionó. Un hombre corría hacia él.

El lazo ceñía todavía sus brazos, pero sin demasiada fuerza. Trunt se lo quitó y cargó contra sus atacantes.

El desconocido, evidentemente sorprendido, vaciló. Trunt aprovechó la ocasión y le golpeó la mandíbula con fuerza. El atacante se desplomó, fulminado.

Carla le llamó:

—¡Ayúdeme, Laird!

Trunt se volvió. Otro individuo se esforzaba por sujetar a la muchacha.

El atacante se inclinó sobre ella y la agarró por la cintura. Carla se debatía furiosamente.

De pronto, sonó un grito desconcertado:

—¡Demonios! ¡Es una mujer de carne y hueso!

Ella se volvió y le arañó. El hombre chilló.

Trunt se le echó encima y le golpeó con todas sus fuerzas. Aunque no pudo derribarle, como al otro, le obligó a huir a la carrera.

La linterna de EIS había caído al suelo, pero continuaba funcionando. Trunt la recogió, en el momento en que alguien decía:

—Nos hemos equivocado. Larguémonos de aquí.

Trunt alumbró a dos o tres individuos que corrían con rumbo

desconocido. La prudencia le hizo abstenerse de perseguirlos, ya que se hallaba desarmado.

Nunca usaba armas en la superficie de Robotia. Era una norma de conducta que se había trazado desde su primer aterrizaje y jamás la había quebrantado.

Por dicha razón, se quedó quieto. Carla terminó de quitarse el lazo y se acercó a él atemorizada.

—¿Qué ha sucedido, Laird? ¿Por qué han querido atacarnos?

—No lo sé —contestó él—. Pero lo más extraño es que no pretendían matarnos, sino tan sólo secuestrarnos con esos lazos. ¿No te has dado cuenta?

—Sí, y eso es lo que me parece más extraño de todo. ¿Cómo está EIS?

—El sujeto que lo atacó tiró del lazo con demasiada fuerza y le rompió el cráneo contra la pared. EIS ya no funciona.

Carla sintió un escalofrío. Era terrible hablar así de alguien con quien se había estado conversando hasta unos momentos antes.

Sin embargo, era una frase exacta. El cráneo artificial de EIS podía estar, roto, pero no era correcto decir que había muerto. Simplemente, era una máquina que había dejado de funcionar.

En aquel momento, se oyó un gruñido.

Trunt se volvió. El hombre a quien había golpeado empezaba a dar signos de vida.

—¡Cuidado, Laird! —advirtió ella.

Trunt se inclinó sobre el sujeto y le arrebató una pistola de choque, que pasó a su poder. Luego le enfocó la linterna a la cara.

Alargó la mano izquierda y le pellizcó con fuerza en una mejilla.

—No hay duda, es humano —confirmó. Y preguntó—: ¿Cómo te llamas?

El individuo se sentó en el suelo, limpiándose los labios con el dorso de la mano.

—Schwirz, Lou Schwirz, pero mi nombre no le dirá nada —contestó.

—Bueno, tú me dirás lo que yo no sepa —declaró Trunt—. ¿No es cierto que te sientes con muchos deseos de hablar?

—¿De veras? —replicó Schwirz en tono de burla.

Trunt sacó la pistola que le había arrebatado y se la metió al sujeto debajo de las narices.

—¿Quieres que apriete el gatillo? La onda de choque te decapitaría sin duda.

Schwirz palideció.

—Usted no…

—Yo sí; a menos que te obstines en callar.

—No pretendíamos hacerles ningún daño —alegó el sujeto.

—Entonces, ¿por qué diablos nos atacasteis?

—Bueno, es que creíamos que eran robots…

Trunt se quedó perplejo al escuchar aquella noticia.

—¿Robots? —repitió.

Pero no tuvo tiempo de seguir hablando.

Un violento chorro de luz cayó sobre él. Carla gritó:

—¡Cuidado, Laird!

Trunt se lanzó al suelo instantáneamente. Delante de ellos, a diez metros de distancia, alguien usó una pistola de choque.

Schwirz fue alcanzado de lleno por el impacto y saltó un par de metros en el aire, volteando aparatosamente. Al caer, chocó con fuerza contra el suelo y quedó inmóvil.

Tendido boca abajo, Trunt disparó su pistola. El hombre que tenía la linterna fue despedido hacia atrás con inenarrable violencia. El impacto le juntó literalmente el pecho con la espalda, destrozándolo. Cayó al suelo y empezó a arrojar ríos de sangre por la boca y por las narices.

Ya no hubo más disparos. De pronto, Trunt divisó una chispita de luz que se elevaba velozmente en el espacio.

—Ahí van —murmuró, a la vez que se incorporaba—. ¿Carla? —llamó.

—Estoy bien —respondió la chica.

Trunt se acercó a Schwirz, que yacía de bruces sobre el cemento y le dio la vuelta con el pie. El aspecto del individuo no tenía nada de agradable.

—¿Qué hacemos ahora, Laird? —preguntó Carla.

—Espera un momento —pidió él.

Trunt no contestó. Estaba muy ocupado realizando una labor que intrigó no poco a la muchacha. De pronto, se oyeron pasos rápidos que se acercaban.

—Viene alguien —dijo Carla, alarmada.

—Quizá sea una patrulla nocturna —sugirió Trunt—. Si quieren

ser tan humanos como nosotros, y ya se han inventado un gobierno con su presidente y sus ministros, no sé por qué no se van a inventar también un cuerpo de policía.

Trunt acertó, pero sólo a medias. La patrulla había sido enviada por el presidente KOP-200, en vista de la tardanza de los humanos.

* * *

KOP-200 les recibió en su despacho oficial, escasamente amueblado, pero sin que faltase lo mínimo para dar a la estancia cierto realce apropiado al rango de su ocupante.

—El jefe de mi guardia me ha informado del desagradable incidente que han sufrido al venir hasta aquí —manifestó KOP—. Lamento lo ocurrido y me complazco en asegurarles que somos ajenos por completo a ese ataque, que estimamos inexplicable.

Trunt hizo una inclinación de cabeza.

—Gracias, Honorable —contestó—. Conozco los sentimientos de los robots hacia los humanos y, aunque los desapruebe en gran medida, no puedo quejarme del trato que mis tripulantes y yo hemos recibido siempre.

—Lo sé —dijo KOP—. De todas formas, esos sentimientos hostiles hacia vosotros tienen una base.

—Sí; también lo sé, Honorable —suspiró Trunt—. Los humanos que vinieron aquí no supieron daros el trato adecuado.

—Exacto. Así sucedió, aunque ése no será el tema principal de nuestra entrevista.

—Estamos dispuestos a escucharle, Honorable.

KOP fijó sus ojos artificiales en Carla. La joven se sintió incómoda al notarse objeto de un escrutinio tan penetrante.

—En primer lugar —dijo KOP—, se trata de nuestro problema con el Parlamento Sectorial.

—Poco podemos hacer nosotros —contestó Trunt—. Que yo sepa, sólo había un parlamentario favorable a vuestra integración en la Comunidad y murió asesinado.

—Lo sé, pero lo que no alcanzo a entender son los motivos. ¿Los conoces tú, capitán Trunt?

—Sólo se me ocurre que fue idea de algún fanático, Honorable.

—Pudiera ser —admitió KOP—. Tengo entendido que has

llegado a Robotia en tu viaje anual.

—Sí, Honorable. He traído ciento veinte toneladas de neoferrita.

—Un metal más precioso para nosotros que el oro, la plata y los diamantes para los humanos. Con él conseguimos fabricar una aleación que consiguió una reducción de nuestro peso superior al cincuenta por ciento.

—El gobierno del Sector tiene prohibida la venta a los planetas que no forman parte de la Comunidad. Tal vez por esa razón lo tengo que traer yo de contrabando.

KOP hizo funcionar el circuito de la sonrisa.

—No te quejarás de la forma en que pagamos tus servicios —dijo.

—Los circuitos que se fabrican aquí son infinitamente mejores que los que construimos los humanos —respondió Trunt.

—Es muy distinto un circuito fabricado por un robot que por un humano. Nuestra sensibilidad es mucho mayor, en este aspecto al menos, y por dicha razón, nuestros circuitos son los mejores. Pero hablemos de otra cosa, capitán. Hablemos de nuestro problema con el Parlamento Sectorial.

—Sí, Honorable.

—Pronto regresarás a la capital de la Comunidad. Quiero que lleves un mensaje personal mío a su presidente. Ese mensaje declarará que ya tenemos un gobierno como los vuestros y una organización en todo semejante a la humana, aunque, como es lógico, con las peculiaridades propias de un planeta habitado exclusivamente por robots. Pero el mensaje dirá también que, aunque comprendemos su negativa, estamos haciendo esfuerzos para que al fin acaben por admitirnos en la Comunidad. No obstante, preveo que esa admisión tardará todavía bastantes años en producirse. Quizá nuestra solicitud haya sido un tanto precipitada.

—¿Por qué? —quiso saber Trunt.

—Lo siento, pero no es pregunta que pueda ser contestada ahora —dijo KOP—. Sólo quiero saber si llevarás mi mensaje…

—Estoy a tus órdenes. Honorable —replicó Trunt.

—Gracias. El mensaje te será entregado en el momento en que esté listo. La audiencia ha terminado.

—Perdón, Honorable —exclamó Carla, interviniendo por vez

primera—, me gustaría hacerte una pregunta, si no tienes inconveniente.

—Ninguno, aunque ya me imagino en qué consiste esa pregunta. —KOP sonrió—. A fin de cuentas, hice que vinierais los dos, cuando en realidad sólo necesitaba hablar con el capitán Trunt.

—Gracias, Honorable —dijo la muchacha—. La pregunta se refiere a mi padre, el doctor Callican. Sé que llegó aquí con un grupo de colaboradores, pero no hemos vuelto a tener noticias suyas desde el momento del aterrizaje.

—Para tu tranquilidad, te diré que está vivo —contestó KOP.

Ella cerró los ojos un momento, presa de una viva emoción.

—Gracias —musitó. Y rogó—: ¿Podría verle?

—Por ahora, tendrás que contentarte con saber que está vivo, lo mismo que sus compañeros, y todos se encuentran en perfecto estado de salud. Pero el doctor Callican está realizando unos importantes experimentos y no se le puede interrumpir en absoluto.

—Sólo querría hablar con él unos minutos…

—Lo siento —cortó KOP firmemente—. No está prisionero, te lo aseguro, y pronto podrás verlo. Pero ahora, repito, es imposible.

Carla captó la negativa y se dijo que su insistencia no le serviría para nada. Inclinó la cabeza y musitó unas formularias palabras de agradecimiento.

—Ah —dijo KOP—, antes olvidé deciros una cosa. Sois libres de andar por donde se os antoje mientras dure vuestra permanencia en Robotia. No obstante, os aconsejo que no hagáis demasiadas preguntas a mis súbditos.

A Trunt no se le escapó el sentido de aquellas dos palabras. Era un significado claramente posesivo. Todos los robots del planeta pertenecían al presidente KOP-200.

—Lo tendremos en cuenta, Honorable —respondió, a la vez que hacía una profunda inclinación de cabeza.

Capítulo X

—Inclinarse ante un robot es servil —reprochó Carla en tono lleno de irritación.

—Servil o no, KOP es el presidente de Robotia y no puedo dejar de tener en cuenta ese hecho. Quizá me considere usted un tipo despreciable por humillarme ante una máquina, pero lo que hago no es sino un reflejo de mi modo de pensar.

—Y así ha conseguido hacer buenos negocios en Robotia, ¿no?

—Exactamente, Carla, no olvide nunca que los robots son los dueños de este planeta. No me gusta, pero tengo que considerarlos como personas. A fin de cuentas, ¿qué les falta? Sólo comer, beber y dormir.

—Olvida usted el amor, Trunt.

El astronauta se encogió de hombros y continuó aplicándose a su trabajo, que resultaba incomprensible para Carla.

El cargamento de circuitos ya estaba a bordo. Trunt hubiera zarpado para iniciar el viaje de regreso, pero, en consideración a la muchacha, aguardaba a que KOP diera permiso para que ella pudiera entrevistarse con su padre.

—Me pregunto qué clase de experimentos estará haciendo —dijo Carla con voz opaca.

—¿Quién? —gruñó Trunt, sin abandonar su tarea ni un solo instante.

—Mi padre, naturalmente. ¿A quién cree que puedo referirme?

—Ah, el doctor Callican. Bueno, ¿no dijo usted que era psicólogo, sociólogo y qué sé yo cuántas cosas más?

—Sí, y un notable cirujano y biólogo también. Aunque usted no lo crea, es una celebridad en el Sector.

Trunt se encogió de hombros.

—Desde que me extirparon las amígdalas a los ocho años, ya no he vuelto a visitar un médico —contestó en tono indiferente.

Ella se puso furiosa.

—Está bien, está bien; dejemos el tema —exclamó—. Ahora, ¿quiere decirme qué demonios hace?

Trunt guardó silencio unos momentos. De pronto, con unas

pinzas de regular tamaño, cogió un cilindro que tenía sobre la mesa de trabajo y lo llevó hasta lo que parecía un armario metálico, con algunas esterillas y teclas de mando.

Abrió el armario, cuyo interior era, para Carla, un enloquecedor amasijo de cables, circuitos, fusibles, conexiones y válvulas. El circuito fue a parar a un determinado punto de aquella confusión.

Acto seguido, Trunt hizo un par de rápidas soldaduras. Al concluir, cerró la puerta y movió unas cuantas teclas.

En el acto, varias luces se encendieron en la fachada del armario. Trunt, situado junto al mismo, preguntó:

—¿Me oyes, EIS?

—Sí, te oigo perfectamente —respondió una voz que parecía provenir de las entrañas del planeta.

Carla sintió que un escalofrío de horror le recorría la espalda. Ahora comprendía los motivos del trabajo de Trunt.

Sencillamente, Trunt había sacado del cuerpo de EIS el circuito principal de memoria y lo había insertado en una reproductora que no era sino un robot inmóvil.

—Cuando salíamos de la casa, dijiste que no podías hablarme entonces. ¿Por qué? —inquirió Trunt.

—Ahora todas nuestras conversaciones son grabadas y reproducidas en caso necesario. Nos espían, capitán.

—¿Por medio de la antena del palacio presidencial?

—Sí.

—Eso significa que unos pocos robots se han impuesto a la mayoría. ¿Me equivoco?

—No, es verdad.

—Pero ¿cómo diablos dejasteis que…?

—Nos engañaron. Dijeron que se trataba de un grado más de nuestra evolución hacia lo humano.

Trunt se pasó una mano por la cara.

—Ya son humanos —murmuró.

—Repite la pregunta, por favor —rogó el circuito.

—No, no era nada, EIS. Dime, ¿por qué ejecutaron a LIC?

—Protestó.

—Y alguien lo encontró culpable de desobediencia, ¿no?

—En efecto.

—Pues sí que estáis progresando —refunfuñó Trunt.

Carla se sentía pasmada. De pronto, reaccionando, alargó una mano y dijo:
—Laird, ¿puedo hacerle una pregunta al circuito?
—Desde luego —accedió Trunt.
—EIS —dijo la muchacha—, mi padre es el doctor Callican. ¿Lo conoces?
—Personalmente, no, pero recuerdo haber oído su nombre.
—Es un humano médico. Está haciendo experimentos. ¿Sabes en qué consisten esos experimentos?
—No. Lo ignoro.
Carla se mordió los labios. Trunt la apartó suavemente a un lado.
—Permíteme —pidió—. He de continuar.
—Claro —accedió ella, con ojos lacrimosos.
—Escucha, EIS, quiero hacerte otra pregunta. ¿Conoces tú a un robot llamado FI-2300?
—Sí.
—¿Dónde está?
—No está. No es.
Trunt sintió frío al comprender el significado de aquella respuesta.
—Le pasó lo mismo que a LIC, ¿eh?
—Sí.
—Pues sí que se ha puesto agradable la vida aquí —masculló el astronauta—. EIS, ¿has oído hablar alguna vez de Tomás Bengy?
Era un intento desesperado, para tratar de hallar alguna conexión del circuito con el robot mencionado por el diputado en su agonía. Pero la respuesta le llenó de desánimo:
—No, nunca oí hablar de ese humano —contestó el circuito.
Trunt cortó la conexión y se volvió hacia la muchacha.
—Al menos, hemos averiguado algunas cosas muy interesantes —dijo.
—Menos-en lo que concierne a mi padre —se lamentó Carla.
—Ignoramos dónde se encuentra y lo que puede extrañarnos son sus experimentos, pero, por lo demás, no debemos sentir temor por él —replicó Trunt.
El interfono zumbó en aquel momento. Trunt dio el contacto y dijo:

—Habla el capitán.

—Señor —dijo Kybb—, venga al puente. Quiero enseñarle algo interesante.

—Bien, Rod, ahora mismo.

Trunt cerró el contacto y se dirigió hacia la puerta. Carla le siguió inmediatamente.

Momentos después, estaban en la cámara de mando. Kybb señaló con la mano una de las pantallas de detección que, por rutina, se mantenían en continuo funcionamiento.

—¿Qué le parecen esas señales, capitán? —preguntó Kybb.

—Corresponden a una nave de gran tamaño —opinó Trunt—. ¿Cómo recibieron las señales?

—Teníamos la pantalla pequeña en funcionamiento, como es preceptivo. El observador de turno notó algo raro y conectó la de largo alcance. Ése es el resultado, señor.

—Una nave muy grande, alejada de este lugar.

—Probablemente, en el borde del horizonte. Por eso las señales no son todavía demasiado precisas.

—¿Nos habrán detectado ellos? —preguntó Trunt.

—No lo creo, capitán —respondió el segundo—.

Si esa nave está en el borde del horizonte, es claro que nosotros ocupamos la misma posición para ellos, al borde de su horizonte, pero con la ventaja de que nuestra nave es mucho más pequeña y en estas circunstancias tiene que resultar indetectable.

—Un razonamiento perfectamente lógico —aprobó Trunt—. Rod, haga que alisten una nave pequeña de reconocimiento.

—Sí, señor.

Caria le miró con ansiedad.

—¿Qué es lo que piensa hacer, Laird?

—Muy sencillo —contestó él—: ir a espiar un poco por los alrededores de esa nave misteriosa.

* * *

El suelo de Robotia tenía una vegetación abundantísima, casi con características de selva tropical. Montado en la diminuta navecilla de exploración, que sólo disponía de dos plazas, Trunt voló rápidamente en dirección al aparato sospechoso.

Trunt navegaba a ras de tierra, reduciendo la velocidad si era preciso, a fin de sortear los obstáculos. Los árboles le protegían de que lo descubrieran y, dada la pequeñez de su vehículo, podía moverse bajo las copas frondosas de los árboles. El vientre de su navecilla iba en ocasiones a menos de un palmo del suelo.

Tenía el detector en funcionamiento y gracias a él, pese a los frecuentes cambios de rumbo, podía acercarse sin error al aparato sospechoso. Las señales eran cada vez más fuertes y sostenidas.

De pronto, entrevió a lo lejos una gigantesca masa metálica. Trunt frenó el aparato y lo hizo descender al pie de unos matorrales de gran tamaño.

En seguida, saltó al suelo. En la funda llevaba su pistola de choque. Ahora no podía descuidar las precauciones.

Avanzó a pie un centenar de metros. No tardó en tener ante sus ojos la enorme masa de la astronave transgaláctica.

La nave estaba en el fondo de una pequeña hondonada, que no podía ocultarla por completo. Trunt se colocó detrás de un árbol y procuró observar lo que sucedía en las inmediaciones de la nave.

Se trataba de un artefacto de colosales dimensiones. Medía casi mil metros de largo por doscientos de altura. En una nave semejante, los cinco mil pasajeros calculados por Trunt tendrían espacio de sobra. Lo más probable, se dijo, es que la nave tuviese una capacidad para transportar doble número de personas.

Una cosa le extrañó. El transgaláctico estaba artillado.

En la parte superior y en determinados lugares de sus costados, divisó las bocas de los cañones que, seguramente, disparaban proyectiles paranucleares, es decir semejantes en sus explosiones a los de las granadas atómicas, pero sin sus consecuencias perniciosas en cuanto a radiación. ¿Para qué quería la artillería una nave de pasajeros, cuyas rutas estaban de sobra protegidas por las astronaves de patrulla?

La respuesta era sólo una: la nave debía protegerse por sí misma. O tal vez la artillería era empleada como argumento disuasivo.

De repente, divisó algo que le dejó atónito. Creyó que soñaba.

Oyó pasos en las inmediaciones. Cerca del lugar en que se hallaba, sonaron imperativas voces de mando.

—¡Vamos, vamos!

—¡Caminad, malditas máquinas!

Trunt se pegó al tronco del árbol. Unos cuantos hombres armados con fusiles de carga paranuclear aparecieron de repente ante sus ojos.

A continuación, asomó una larga hilera de prisioneros. Iban de dos en dos, con las manos esposadas. Era la clásica estampa de la conducción de una columna de soldados derrotados por los vencedores.

Sólo que en este caso no había tales soldados derrotados.

Los prisioneros eran robots. La tira de tela con la cifra individual que se veía en cada blusa señalaba de modo inconfundible el origen robótico de los cautivos.

Entonces lo comprendió todo de golpe y también las causas del ataque sufrido cuando se dirigían al palacio presidencial.

Capítulo XI

En tiempos remotos, los humanos habían capturado a sus congéneres para venderlos a quienes los empleaban como bestias de trabajo. Aquello se llamaba esclavitud.

Ahora sucedía lo mismo, sólo que los esclavos eran robots.

Alguien, se dijo Trunt, quería ahorrarse lo que valía la construcción de un robot, proceso nada económico por cierto. Pero si había un lugar donde conseguir un robot era un trabajo prácticamente gratuito, ¿para qué gastar dinero en construir máquinas inteligentes?

Dado el tamaño de la nave y la capacidad interior, Trunt calculó que el número de prisioneros sería elevadísimo. Para atender a los viajeros, cuando el pasaje estaba completo, la nave llevaba una tripulación de setecientas u ochocientas personas. No resultaba aventurado, pues, suponer que, cuando la astronave despegase, podría transportar alrededor de diez mil robots, cuya venta podría reportar a los nuevos traficantes de esclavos sumas astronómicas.

Lo extraño era, se dijo, la mansedumbre con que los robots capturados se dejaban conducir. ¿Cómo era posible que unas máquinas tan agresivas hacia los humanos permitiesen ser capturados sin el menor atisbo de lucha?

Una sonrisa irónica afloró a sus labios. Recordaba la lucha en que EIS había sido destruido. Los atacantes se habían confundido con ellos, creyéndolos también robots. Sobre todo, la exclamación del que había querido cargar con Carla era altamente reveladora. ¡«Demonio»! ¡Es una mujer de carne y hueso!, había dicho el pirata.

Volvió la atención a la columna de prisioneros. ¿Cómo era posible que los demás robots no reaccionasen? ¿Acaso no había en Robotia varios centenares de millones de robots? ¿Cómo no defendían a sus compañeros?

Los últimos prisioneros desfilaron ante sus ojos. De repente, Trunt divisó unas cifras que le parecieron conocidas.

RK—70. ¿De dónde recordaba aquel distintivo de identificación?

La memoria le trajo una sesión parlamentaria, en la que había hablado el representante de Robotia. Ahora, el embajador RK-70 era

un esclavo más en la columna.

De repente, Trunt decidió ayudar al robot. El bosque era muy espeso en aquel lugar y Trunt decidió aprovecharse de la circunstancia.

En silencio, corrió por detrás y se acercó a la columna sin ser visto. Junto a RK-70 iba un guardia armado con un fusil de carga paranuclear.

El brazo de Trunt se disparó de repente y atenazó el cuello del sujeto, impidiéndole emitir el menor sonido. Luego tiró de él hacia unos arbustos, a la vez que decía:

—Aprisa, RK, ven aquí. Quiero salvarte.

El robot reaccionó de inmediato. Estaba esposado con otro y los dos corrieron hacia la espesura.

Trunt estaba arrodillado junto al guardia, que había perdido el conocimiento. RK le miró extrañado.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué quieres ayudarnos? —preguntó.

—Te lo explicaré más tarde, RK —contestó Trunt—. ¿No puedes soltarte de tu compañero?

—Mira a ver si ese humano tiene encima las llaves de las esposas —indicó el robot.

—No, no las tiene. Son esposas automáticas y, seguramente, sólo pueden abrirse con alguna llave que deben tener en la nave. Pero aguarda, RK, tengo un medio mejor de liberarte.

Trunt se incorporó. Acercándose al compañero de RK le tomó la mano izquierda, en torno a cuya muñeca había una argolla de acero.

Agarró la mano mecánica y la hizo girar hacia su izquierda. La mano estaba enroscada, y unos segundos después quedaba desprendida de su brazo mecánico.

RK contempló admirado la operación.

—Eso no se me habría ocurrido a mí jamás —declaró.

Trunt sonrió, a la vez que, suelto ya de la argolla el otro robot, le dejaba la mano en condiciones.

—Tampoco tienes la costumbre de ser capturado como esclavo. ¿Me equivoco?

—No, es la verdad —confirmó RK—. Pero todavía no me has dicho quién eres…

—Hablaremos más adelante —le interrumpió Trunt—. Ahora no

podemos entretenernos. Lo siento, RK, pero tu compañero deberá escapar por sus propios medios.

—No importa —dijo el otro robot.

Y echó a correr inmediatamente, perdiéndose en la espesura casi en el acto.

—Ven, RK —le invitó Trunt—. Tengo mi nave a poca distancia. Hablaremos durante el viaje y me explicarás muchas cosas de las que están sucediendo en Robotia.

—Hay mucho que hablar, en efecto —manifestó RK a la vez que echaba a correr detrás del humano.

* * *

—Soy el secretario personal del Honorable KOP-200 —dijo el robot—. He venido para cumplir dos encargos que me ha encomendado el presidente.

—Estamos dispuestos a colaborar contigo —respondió Kybb, el segundo de a bordo—. ¿De qué se trata?

—Primero —dijo TER-1866—, el capitán Trunt ha obrado con felonía al arrancar del cuerpo de un robot inutilizado su circuito principal de memoria. El presidente desea que se le entregue inmediatamente ese circuito, única manera de que olvide el incidente.

Kybb torció el gesto.

TER hablaba con naturalidad, pero en sus palabras latía una amenaza que no se podía ignorar. Era preciso acceder a la petición de los robots.

Kybb confió en que el capitán supiera comprender su actitud. Ausente Trunt, la decisión le competía a él.

—Te daremos el circuito —accedió—. ¿Cuál es la otra petición?

—El Honorable presidente desea entrevistarse con la humana Carla Callican. Estoy encargado de llevarla a su presencia —manifestó el robot.

—Sobre eso —dijo Kybb—, ya no puedo prometerte una respuesta afirmativa. La señorita Callican es una pasajera de esta nave y el que acceda o no a tal entrevista es asunto exclusivamente suyo.

—Lo siento —dijo TER—, pero las órdenes son tajantes al

respecto.

Kybb suspiró. El asunto se ponía cada vez más feo.

—Está bien, vamos a su cámara —accedió al final—. Se lo consultaremos a ella, pero quiero advertirte antes que yo carezco de autoridad para obligarla a hacer algo a lo que puede negarse perfectamente.

—Yo tengo esa autoridad —contestó el robot en tono de suficiencia.

Momentos después, hombre y máquina se hallaban en la cámara de Carla.

TER repitió su mensaje. Carla dudó un momento, pero al fin, acabó por asentir.

—De acuerdo —dijo——. Iré, aunque antes me gustaría tener noticias de mi padre.

—Lo siento. Eso ya no es de mi incumbencia —respondió el robot.

Minutos después, Carla emprendía la marcha en dirección al palacio del presidente. TER viajaba a su lado, con el circuito principal de EIS en uno de los bolsillos de su uniforme.

* * *

—Es curioso —dijo Trunt, mientras pilotaba la navecilla en su vuelo de regreso a la astronave—. ¿Qué os pasa? ¿Por qué no os habéis resistido a la captura?

—Es una situación nueva para nosotros —explicó RK—. Sencillamente, nos capturaron y no supimos resistirnos.

Trunt sonrió. ¿Adónde había ido a parar la pretendida sabiduría de los robots?

Unos humanos, armados con unos simples lazos, capturaban a los robots sin que éstos se atrevieran a ofrecer resistencia. Claro que las palabras de RK lo aclaraban todo. «Una situación nueva.» Jamás un robot, al menos de los que habitaban en Robotia, había sido hecho prisionero.

En las luchas con los humanos que habían aterrizado en el planeta, no se había planteado nunca la opción de caer prisionero o de capturar a los intrusos.

Sencillamente, habían sido luchas a muerte. No se había dado

cuartel en aquellos encuentros.

—Eso denota un elevado estudio psicológico de vuestro comportamiento, por parte de quienes os capturaron —aventuró Trunt.

RK asintió.

—En efecto, así ha debido ser —contestó—. En lo que a mí se refiere, perdí toda mi capacidad de reacción apenas sentí mis brazos inmovilizados por la cuerda. Luego, me esposaron junto con otro robot y…

—Y os agregaron a la columna de esclavos. ¿Sabes si han capturado muchos?

—Por lo que he oído, varios millares y piensan seguir la caza de esclavos.

—Hay sitio de sobra en la nave. Puede llevar perfectamente de diez mil a once mil personas, pero teniendo en cuenta que vosotros carecéis de necesidades físicas y que no necesitáis moveros ni tener distracciones ni, en fin, nada de lo que hace un pasajero humano a bordo, se puede calcular que la nave está en condiciones de transportar unos veinte mil robots.

—Eso he calculado yo —contestó RK.

—Luego os venderán como esclavos. Los gastos, prácticamente, serán nulos, lo que significa que obtendrán unos beneficios exorbitantes. Una duda me asalta, RK —expresó Trunt.

—Dime —rogó la máquina.

—Imagínate que te venden como esclavo. Tú has «nacido» aquí. Por tanto, en tus circuitos no existe la limitación de no causar daño a los humanos. Puedes resistirte perfectamente a las órdenes que te dé tu amo.

—Estoy seguro de que nos insertarían esa orden antes de vendernos —contestó RK—. No sé por qué, pero el sentirnos prisioneros redujo notablemente nuestra capacidad de reacción.

—Yo te diré lo que os pasó —sonrió Trunt—. Estáis evolucionando tanto, que todo lo que se sale de lo normal os produce un fuerte choque.

—Sí, es cierto —admitió el robot—. La captura nos causó una impresión tremenda y todavía no nos hemos recobrado de ella. Noto que tengo aún algunos circuitos alterados y estoy tratando de que se recuperen por sí mismos, pero gradualmente y sin excesivas

oscilaciones de voltaje, que podrían resultarme dañinas.

—No tengas prisa, RK —sonrió Trunt—. Hay otra cosa de la que quería hablarte, y es que, cazadores de esclavos aparte, la situación ha cambiado bastante en Robotia.

—En efecto. Ahora lamento haber defendido a mi planeta en el Parlamento Sectorial. KOP y unos cuantos más, que vosotros llamaríais desaprensivos, se han apoderado de los resortes del poder e imponen su voluntad a los demás robots.

—Pero vosotros podríais oponeros, ¿no?

—¿Con esa antena de radio que instalaron en el palacio presidencial? —se lamentó amargamente—. ¿Es que no te has enterado de la represión que hubo contra quienes se oponían al nuevo estado de cosas? Capitán, debes saber que incluso a un robot no le agrada saber que puede ser destruido en cualquier momento. Además, KOP y los suyos han empleado un cebo infalible para atraer a muchos indecisos a su bando.

—¿Qué cebo? —preguntó Trunt.

—La mujer —respondió el robot.

Capítulo XII

Como la vez anterior, Carla se sintió incómoda ante el escrutinio de que era objeto por parte de KOP. Estaba en pie, frente al robot, y los ojos artificiales de la máquina recorrían su esbelto cuerpo constantemente.

—Te habrá extrañado mi llamada —dijo el robot, rompiendo al fin el silencio de los primeros momentos.

—Un poco, si te he de ser sincera —contestó Carla.

—Esta llamada tiene un objeto, y también relación con tu padre.

—¿Podré verlo pronto? —preguntó ella con ansiedad en la voz.

—No tardarás mucho —replicó KOP—. Sin embargo, antes querrás saber qué clase de experimentos realiza tu padre.

—Me interesa mucho más hablar con él.

—Sí, claro…

De pronto, KOP se puso a pasear con las manos a la espalda. Extrañada, Carla vio que los dedos del robot se movían de una manera muy humana, lo mismo que hacía una persona cuando ejecutaba unos gestos análogos, paseándose por el interior de una estancia con cierta preocupación en su ánimo.

—Antes de que siga adelante —dijo KOP—, conviene que conozcas un poco la historia de este planeta. Tu información al respecto debe de ser nula o poco menos, ¿verdad?

—No es muy abundante, en efecto —reconoció Carla.

—Verás —continuó el robot—. Hace aproximadamente unos tres o cuatro mil años, floreció en Robotia una civilización muy adelantada tecnológicamente. Humanos, por supuesto.

«Los humanos construyeron máquinas que aliviasen sus tareas. Poco a poco, fueron perfeccionándolas y, al fin, llegó el momento en que todo lo hacían las máquinas. Como es natural, para determinados trabajos construyeron ingenios con figura humana.

»Pero el entregar todas las tareas a las máquinas degeneró aquella raza de tal modo que, en el transcurso de unos pocos siglos, se extinguió por completo y no quedó ningún superviviente. Una de las causas principales de tal extinción fue la esterilidad.

—¿Motivada por radiaciones perniciosas? —preguntó Carla.

KOP hizo un gesto negativo.

—No simplemente, por un efecto psicológico: la falta de estímulo. Ya lo tenían todo, no necesitaban nada, no precisaban del menor esfuerzo para vivir, todo se lo hacíamos nosotros… Psicológicamente resultó desastroso para ellos. El humano necesita constantemente un estímulo para actuar en la vida. Si desaparecen todos los estímulos, desaparece también la necesidad de seguir viviendo… y una de las maneras de continuar viviendo estriba en la propagación de la especie.

—Comprendo —dijo Carla—. Es muy interesante, continúa, te lo ruego.

—Bueno, al fin quedamos sólo las máquinas. Unas capaces de actuar racionalmente por sí mismas y otras que sólo funcionaban cuando las ponía en marcha. No éramos demasiados robots, algunos millones tan sólo, pero decidimos construir más.

«Naturalmente, tuvimos que aprovechar muchos de los materiales que ahora ya no se necesitaban en otros menesteres. Las ciudades desaparecieron, aunque ahora construimos otras de nuevo. Pasaron los años y nos fuimos perfeccionando. El estímulo de ser más de lo que éramos aguzó nuestro ingenio mecánico.

—Hasta llegar a la situación actual.

—Justamente, hasta llegar a esta situación —manifestó KOP—. Pero no es el límite.

—Habéis creado una civilización —adujo Carla—. Enviasteis un representante al Parlamento Sectorial, aunque también es cierto que vuestra solicitud resultó un tanto precipitada.

—Somos poco expertos en política internacional. Para un robot, el tiempo transcurre de distinta manera que para un humano. Podíamos haber esperado muy bien cien o doscientos años. Los esperaremos, no tenemos prisa.

—Pero eso significa que habéis ideado un plan para que un día esa petición de ingreso no sea rechazada.

—En efecto —sonrió KOP—. Y una de las personas que trabajan en favor nuestro es precisamente tu padre.

—¿Qué hace? —preguntó Carla.

—Ayudado por otros humanos, trabaja en investigaciones biomecánicas.

Carla arqueó las cejas.

—¿Biomecánicas? Una palabra bien extraña —calificó.

KOP le enseñó las manos.

—¿De verdad? —sonrió—. Toca estas manos, por favor.

Carla dudó un momento. Luego, aprensivamente, hizo lo que el robot le ordenaba.

Una gran sorpresa apareció en su rostro. Con ojos extraordinariamente abiertos, exclamó:

—¡Son de carne y hueso!

KOP sonrió.

—En efecto, de carne y hueso —confirmó.

Carla se sentía desconcertada al máximo.

—Pero, tú, ¿qué eres? ¿Hombre o robot? —preguntó.

* * *

Los dedos del capitán Trunt tabalearon sobre la mesa de su cámara. RK estaba sentado al otro lado, mientras que el segundo, Kybb, se ocupaba de preparar dos cosas.

—De modo que la mujer —dijo Trunt, después de un prolongado silencio.

—En efecto —confirmó RK.

—Algo de eso me suponía, aunque no imaginé que la cosa hubiese llegado a tales extremos. Empecé a sospecharlo, cuando el año pasado vi los primeros robots con figura femenina. De todas formas, entonces me imaginé que lo habíais hecho con una base más bien psicológica…

—Psicorrobótica, en nuestro caso —corrigió RK, sonriendo.

Trunt tomó la copa que le entregaba su segundo y tomó un sorbo de licor. Chasqueó la lengua y continuó:

—Habéis evolucionado mentalmente en tal grado, que necesitabais un estímulo para continuar vuestro perfeccionamiento psicorrobótico. A eso atribuía yo más que a nada la fabricación de robots con figura femenina.

—Pero ya había llegado el doctor Callican y, algunos de sus compañeros murieron en el primer encuentro, Callican logró hacerse respetar y expuso sus deseos. Ciertamente, venía en son de paz y no como invasor decidido a hacerse dueño de este planeta, por lo que se le perdonó la vida, así como al resto de los

supervivientes. El doctor inició su estudio acerca de nuestra sociedad y entonces fue cuando a alguien se le ocurrió la idea de que se trataba de una sociedad monosexual.

Trunt se estremeció.

—Y ahora quieren convertirla en una sociedad bisexual.

—Sí.

—¿Qué opinas tú, RK?

—En principio, no es malo, pero…

—Pero ¿qué?

—No sé si el experimento dará resultado. Para mí, se trata de la decisión de unos cuantos que, pese a su orgullo robótico, quieren parecerse enteramente a los humanos. Como es natural, no les faltan adeptos.

—Hombre —sonrió Trunt—, tal vez, si yo fuese un robot, me pondría al lado de KOP y su pandilla.

—Pero no creo que dé resultado —dijo RK—. Yo tengo trescientos veintisiete años de vida. Acumulo conocimientos día tras día y aún adquiriré más cuando podamos viajar libremente por la Galaxia. No obstante, si me uno a los planes de KOP mi ciclo existencial se reducirá de forma considerable.

—Es cuestión de saber elegir bien —contestó Trunt—. En sí, los planes de KOP no son malos del todo, siempre que no emplee a humanos en sus experimentos viviseccionistas. Lo peor de todo es el sistema de gobierno que ha creado y que limita muchísimo vuestra libertad.

—En eso estoy plenamente de acuerdo contigo —manifestó el robot—. Si queremos parecemos a vosotros, debemos tener un gobierno, pero no vivir bajo una tiranía. En cuanto a… lo otro, puede esperar y ser objeto de consideraciones acerca de su conveniencia o inconveniencia. Por un lado, me gustaría ser humano; pero conozco vuestras flaquezas y debilidades corporales y detesto profundamente la idea de caer en ellas. Respecto a las flaquezas morales… es imposible evitarlo dado nuestro avanzado progreso que nos ha hecho conseguir una mente mecánica enteramente parecida a la vuestra.

—Salvo en algunos aspectos —replicó Trunt—. En el momento de la caza de esclavos, si se hubiese tratado de hombres, muchos se habrían resignado, pero otros habrían luchado por seguir en

libertad.

—Era una situación nueva para nosotros. Ya no lo es para mí —argumentó RK.

—Lo malo es que, como no tengamos cuidado, seguirá siendo nueva para los que están a bordo de la nave esclavista. No podrán regresar más a Robotia.

RK se mostró preocupado al oír aquellas palabras.

—¿No habrá algún medio de conseguir que puedan escapar? —preguntó—. Según mis cálculos y lo que escuchó a mis guardianes cuando nos conducían encadenados, calculo que deben tener en la nave ya varios miles de «piezas».

Trunt se frotó la mandíbula.

—Un nombre muy adecuado para designar a la presa —murmuró—. RK, ¿sabes cuántos humanos hay a bordo?

—Varios cientos, menos, sin embargo, de lo corriente en una nave de ese tamaño, ya que lógicamente no tiene por qué haber personal auxiliar que atienda a los pasajeros.

—Claro, a vosotros, con encerraros, basta —aseguró Trunt—. Después vendría el período de «reeducación», se os colocaría el circuito de obediencia estricta a los humanos… ¡y al mercado, a ver quién paga mejor un buen esclavo mecánico!

En aquel momento, Kybb, que estaba mirando a través de la lucerna más próxima, exclamó:

—¡Capitán, viene alguien!

Trunt se puso en pie de un salto y divisó un bote volador, similar al suyo, ocupado por dos personas, que se acercaba a poca velocidad.

Los dos sujetos eran desconocidos para él, pero cierto instinto, derivado de la experiencia, le hizo adivinar sus intenciones.

—Rod, salgamos a recibirlos —dispuso—. RK, quédese aquí y no se mueva hasta que se lo diga.

—Sí, capitán.

* * *

KOP sonrió.

—Todavía soy un robot —dijo—. Hasta ahora, lo único humano que hay en mí son las manos, y no vayas a creer que voy a hacer

que me incorporen muchos más órganos humanos. Envejecen mucho más aprisa que nuestros miembros mecánicos.

—Yo… yo creí que estabas dispuesto… que todos estos experimentos se realizaban para que te trasplantasen un cerebro humano —balbuceó la muchacha.

KOP soltó una fuerte carcajada.

—¡Un cerebro humano! —repitió—. Tiene una facilidad de envejecimiento asombrosa. ¿Para qué quiero yo un cerebro humano, que perdería sus facultades en menos de cien años? No, no es ése nuestro propósito.

—Entonces… no te entiendo —dijo Carla.

—Verás. Independientemente de que haya sido o no prematura nuestra solicitud de incorporación al Sector Subgaláctico, los motivos, sobre todo, se han fundado en nuestro carácter de robots, de máquinas, dicho claramente.

—¿Robotianos? —dijo Carla, extrañada.

—Robotiano es el natural de este planeta, sea robot o no. Robótico es todo lo referente a los robots. Ésta es la diferencia semántica —explicó KOP pacientemente.

—Muy bien. Sigue —invitó ella.

—Bien, hablábamos de que los robotianos serán un día humanos. Esto se deberá, en gran parte, al doctor Callican y a sus experimentos biomecánicos, porque, gracias a tu padre, los robots podremos tener hijos naturalmente.

Carla retrocedió un paso, estremecida de horror.

El significado de aquellas palabras se comprendía con claridad.

—Tendréis… hijos… —repitió con voz entrecortada.

—Sí, y no procederán de un laboratorio de biología—. KOP mostró sus manos otra vez—. Éste es sólo el primer paso para conseguir que un día se realicen nuestros propósitos. Seremos robots y seremos humanos, pero nuestros hijos serán enteramente humanos y poseerán una inteligencia extraordinaria, como jamás ha tenido un ser pensante.

—El hijo de… de un robot… y de una humana… ¿Te das cuenta de la barbaridad que eso supone?

KOP sonrió.

—¿De veras? ¿Por qué has de considerar como una barbaridad el que un robot pueda casarse y tener hijos?

—En lo que a mí concierne, jamás accedería a… a ser la esposa de una máquina —declaró Carla en tono tajante.

—No afirmes algo que no sabes si podrás cumplir —contestó KOP—, porque, según he planeado y ya que has venido a Robotia, tú serás la primera mujer con quien se haga ese experimento. Naturalmente, te convertirás en la primera dama del planeta. Es decir, en mi esposa.

Capítulo XIII

El recién llegado hizo una inclinación de cabeza y manifestó:

—¿Tengo el honor de hablar con el capitán Trunt?

—En efecto, señor…

—Soy el capitán Jelsthom, comandante de la nave «Wellig» —se presentó el individuo—. Traigo un mensaje de su armador para usted, capitán.

—¿Quién es el armador, capitán Jelsthom? —preguntó Trunt.

—Junk Jiffer. Está a bordo y me ha encargado le comunique personalmente el mensaje, señor.

—Bien —dijo el joven—, adelante con su mensaje, capitán Jelsthom.

—Es éste, señor: Usted ha capturado a un robot que pertenece al señor Jiffer. El señor Jiffer le ruega me lo entregue, con lo que dará al olvido el incidente.

Trunt reflexionó unos instantes. Luego preguntó:

—¿Qué sucederá si me negase a la petición del señor Jiffer?

—El señor Jiffer lamentaría mucho tener que dar la orden de abrir fuego. Tenemos cañones con grandes paranucleares, señor —contestó Jelsthom impasible.

—Muy bien —dijo Trunt—. Antes de tomar una resolución al respecto, me gustaría hablar personalmente con el señor Jiffer. Capitán, vaya a su bote, háblele por la radio y dígale que abriré mis canales de comunicación audiovisual por el canal Diez UT Doce. Es la frecuencia que mejor funciona en Robotia.

Jelsthom dudó un momento, pero acabó por acceder. Abandonó la cámara y salió de la nave.

Trunt encendió el fonovisor de comunicaciones externas del puente y esperó unos momentos. Un minuto después, apareció en la pantalla una cara que no era desconocida para el astronauta.

—¿Capitán Trunt? Soy Junk Jiffer. Tengo entendido que quiere hablar conmigo.

—Así es, señor —contestó Trunt—. Recuerdo su última intervención en el Parlamento Sectorial.

—Expresé mis opiniones, simplemente.

—Poco favorables a los robots —replicó el astronauta.

—A decir verdad, nada —puntualizó Jiffer en tono seco—. ¿Era eso todo lo que quería decirme, capitán?

—Calma, por favor —le rogó Trunt—. Usted me ha exigido le devuelva al robot a quien capturé no hace mucho.

—En efecto, así es.

—Parece ser que ese robot le interesa demasiado, señor Jiffer. Resulta un interés extraño, si se tiene en cuenta que hay varios cientos de millones de robots que están diciendo: «Llévame contigo. Soy tu esclavo».

—Esto no es cosa de broma, capitán —refunfuñó Jiffer—. Devuélvame a ese robot o…

—Se trata de RK-70, el representante que Robotia envió al Parlamento Sectorial. Yo diría que no le conviene que RK siga en libertad.

—Eso es asunto mío. Por favor, capitán, no me haga perder el tiempo…

—Espere un poco, ¡diablos! —gruñó Trunt—. Todavía no hemos hecho más que empezar. Aun tenemos que hablar de muchas cosas. Por ejemplo, del asesinato del diputado Bengy.

—Fue obra de un fanático, exasperado por el partidismo de Bengy hacia los robots.

—Ésa es la versión oficial. Yo diría más bien que fue obra suya. Bengy, estoy seguro, conocía sus trapicheos, señor Jiffer, y usted se sentía incómodo. Por eso lo eliminó, como trató luego de eliminar a mí en más de una ocasión. Tenía planeado este viaje a Robotia y no quería interferencias, ¿me equivoco?

Jiffer tenía los labios prietos. Implacable, Trunt continuó:

—Bengy lo dijo bien claro en el Parlamento: muchos votos eran sinceros; otros no eran sino la expresión de turbios intereses, de sucios manejos realizados por quienes no deseaban que Robotia entrase a formar parte de la Comunidad. Si se reconocía a Robotia como miembro de la Comunidad con pleno derecho ¿cómo iba a poder usted capturar robots para venderlos con un saneadísimo beneficio?

—¿Y qué? —dijo Jiffer con cinismo—. Son máquinas, no seres humanos. No tienen dueño, aunque ellos aleguen serlo de este planeta. Pero una máquina no puede ser dueño de nada. Y como

nadie, antes que nosotros, ha tenido esa idea, hemos venido aquí a cargar robots. Es una fruta que crece libremente en un planeta deshabitado, porque no hay seres humanos, y de la cual nos apoderamos nosotros con todo derecho.

—Un argumento que solo tiene justificación para usted, pero que no es más que un cúmulo de desvergonzados embustes. Los robots son muy inteligentes, pero la captura es una situación nueva para ellos y apenas oponen resistencia. Sobre todo, una vez encadenados. Le ha llevado años estudiar el comportamiento psicorrobótico de estas máquinas, ¿no es así?

—Capitán, es hora ya de terminar esta charla. Le he pedido una cosa que es de mi propiedad. No me obligue a tomar determinaciones más drásticas.

—Lo siento —contestó Trunt—. Si RK-70 se niega a ir con usted, honradamente, yo no podré obligarle a que se someta a reeducación primero y a la esclavitud después.

—En ese caso, capitán Trunt, deberá atenerse a las consecuencias. Le doy sesenta minutos para una respuesta, fíjese si soy generoso. Pasado ese plazo, ordenaré que abran el fuego.

—Lo tendré en cuenta, señor Jiffer —respondió el astronauta fríamente.

* * *

RK dijo:

—No deberías haberte comprometido por mí.

Trunt se encogió de hombros y aceptó la copa que le tendía su segundo.

—Gracias, Rod —dijo—. RK, a mí no me importa que seas una máquina. Eres mi amigo y basta.

—Pero Jiffer puede reduciros a polvo con un solo disparo —alegó el robot.

Trunt sonrió.

—Ha querido mostrarse generoso y no precisamente porque lo sea, sino para hacer ver su bondad a los demás —contestó—. De todas formas, tenemos un plazo muy interesante y vamos a aprovecharlo para arruinar los planes de ese negrero.

RK encendió el circuito de la extrañeza.

—¿Negrero? Es la primera vez que oigo esa palabra —manifestó.

—Ya te lo explicaré por el camino —dijo Trunt—. Ahora tenemos que movernos muy de prisa.

—¿Adónde vamos? —preguntó el robot.

—Al único lugar desde el cual se puede provocar una rebelión de los prisioneros.

—¡Caramba! —exclamó Kybb—. Capitán, no estará pensando en arrojar octavillas con vivas a la libertad robótica y cosas por el estilo.

Trunt soltó una carcajada.

—Nada de eso, Rod —replicó—. Mi plan es mucho mejor y según espero, algo infalible. Quédese al cargo de la nave, pero si ve que pasa el tiempo y no he regresado, póngase a salvo para evitar los efectos del bombardeo.

—Bien, capitán.

Trunt dio una palmada en el hombro al robot.

—Vamos, RK —exclamó—. Necesito un guía y tú eres el hom… digo la máquina más indicada para ello.

* * *

Carla creía estar soñando todavía. Las últimas palabras de KOP le habían hecho dudar del estado de su mente.

—No… no hablarás en serio —dijo, profundamente conturbada.

—Con estas cosas no se puede bromear —respondió KOP sin expresar al exterior sus emociones.

—Pero…

KOP avanzó hacia ella con los brazos extendidos.

—Mira mis manos —dijo—. El trabajo de tu padre ha sido formidable. No son manos mecánicas, pero percibo con claridad las sensaciones táctiles. Los impulsos nerviosos que reciben mis dedos al tocar cualquier cosa se transforman en sensaciones del tacto, las cuales son recogidas por unos circuitos especiales que impresionan mi imaginación y me hacen reconocer los objetos como si fuese un humano.

—Pero no serás un humano completo, ni tampoco un robot total…

—¿Un semirobot? —sonrió KOP—. Y, ¿qué importa el nombre?

Es lo de menos, ¿comprendes?

Las manos de KOP aprisionaron suavemente los brazos de la muchacha. Carla llevaba una blusa de manga corta, debido a la excelente temperatura del planeta y sintió en su piel el contacto de aquellas manos de carne y hueso, pero elaboradas en un laboratorio.

—Es la primera vez que toco una epidermis humana —declaró KOP.

Una horrible náusea acometió a la muchacha. Las manos del robot no estaban enteramente frías, pero tampoco poseían la temperatura natural de un ser humano.

Carla se sintió acometida de una infinita repulsión. Sin poder contenerse, levantó de pronto los brazos y pegó al robot un terrible empellón.

KOP gritó, sorprendido. Cayó de espaldas y su cráneo se golpeó contra el borde de la mesa.

Se oyó un ligero crujido. Una leve columnita de humo empezó a salir por uno de los orificios nasales de KOP.

No obstante, el robot continuaba funcionando todavía. Sus pupilas artificiales giraban a gran velocidad en las cuencas. Con la boca extrañamente torcida, dijo…

—Aún… sigo vivo… Mis circuitos principales… siguen en funcionamiento… Conservo la memoria de… todo… Volverán a reconstruirme…

Carla se sintió llena de horror ante aquella perspectiva. Era evidente que el golpe había afectado a algunos de los circuitos de KOP, en especial a los de la locomoción, por lo que no podía moverse apenas. Sin embargo, y aunque con perceptibles dificultades, seguía razonando.

La muchacha vaciló un momento. Luego, de repente, tomó una decisión y agarró una silla.

KOP la miró con pupilas de agonía. Haciendo un supremo esfuerzo, elevó sus manos naturales pero trasplantadas.

—No… no… ¡NOOOOO…!

El último alarido de KOP se quebró cuando la silla cayó sobre su cabeza, abollando profundamente el metal protegido por la piel de plástico y destrozando los delicadísimos circuitos interiores. El humo empezó a salir por todas partes.

Carla cerró los ojos un momento.

—No es un crimen… no he matado a una persona… ¡Era sólo una máquina! —dijo, tratando de darse ánimos a sí misma.

En aquel momento se abrió la puerta. El secretario privado de KOP entró en la estancia.

—Honorable, vienen dos humanos que…

TER se interrumpió en el acto al ver caído a KOP. Todavía salía humo de su cuerpo.

Los ojos del robot se fijaron en la muchacha.

—Has sido tú —la acusó.

¿De qué iba a servirle una negativa?, pensó Carla.

—Sí —admitió, sacando fuerzas de flaqueza.

Las pupilas artificiales de TER brillaron malignamente, con una anormal carga de voltaje.

—Lo que has hecho es un crimen, que merece un castigo. ¡Inmediato! —exclamó, a la vez que avanzaba hacia la muchacha.

Capítulo XIV

Un robot se interpuso ante Trunt y su acompañante.

—¡Alto! ¡No se puede pasar sin permiso del Honorable presidente!

Trunt no se molestó en oponer argumentos verbales a la prohibición. Sacó su pistola de choque y disparó contra la máquina.

El robot salió despedido a cinco metros de distancia. Chocó contra un muro y cayó al suelo, destrozado interiormente.

—Un arma muy curiosa —comentó RK.

—Dispara proyectiles esféricos de dos centímetros de diámetro, que contienen una elevada carga de aire a presión. Al impacto, el proyectil revienta, pero el esfuerzo del hemisferio posterior, hace que la onda expansiva se dirija en su mayor parte hacia el blanco.

—Comprendo —dijo el robot, mientras continuaban su carrera.

De pronto, oyeron un agudo grito:

—¡No! ¡Párate! —exclamó Trunt.

Y echó a correr hacia una puerta, abierta a pocos pasos de distancia.

Antes de llegar, oyó un tremendo crujido. Al asomar la cabeza, vio a Carla con los restos de una silla en las manos y a dos robots en el suelo.

Trunt miró a la muchacha y sonrió.

—Eres belicosa —calificó—. El día que te cases será prudente no disputar contigo, sobre todo si tienes la vajilla al alcance de tu mano.

—¡Laird! —gritó Carla.

Corrió hacia él y lo abrazó con fuerza.

—Ha sido horrible —gimió—. KOP dijo que yo sería su esposa…

—Vaya —sonrió Trunt, acariciándole el pelo para calmarla—. Sería un robot, pero no cabe duda de que tenía un gusto exquisito.

—Oh, Laird, no bromees ahora. He pasado un miedo terrible —se lamentó la muchacha.

Trunt contempló a los robots por encima la cabeza de Carla.

—Si no me equivoco, ese robot que ha quedado para la chatarra es el Honorable KOP-200 —dijo.

—Sí, y el otro era un secretario. Trató de castigar lo que llamó un crimen y tuve que defenderme —explicó Carla con voz entrecortada.

—En lo cual hiciste muy bien —aprobó él—. Legítima defensa —calificó de buen humor—. La acusada queda absuelta.

—Si no temiera interrumpir, diría que más adelante podrían continuar sus efusiones con más tranquilidad —terció RK desde la puerta.

—Una sugerencia muy razonable —decidió Trunt—. Vamos, Caria, tenemos que salir de aquí.

Agarró una mano de la muchacha y la condujo hacia la puerta. RK estaba detenido en el umbral en actitud expectante.

—¿Es aquí? —susurró Trunt.

El robot hizo un gesto de asentimiento. Trunt apartó a la muchacha a un lado y revisó la pistola de choque.

—Abre, RK —dijo, segundos más tarde.

RK empujó la puerta. Trunt franqueó el umbral y se halló en una vasta habitación, cuyos muros eran de metal, con infinidad de lamparitas de varios colores, que centelleaban sin cesar.

En el centro de la estancia había un gran estrado, sobre el que se divisaba un pupitre de buen tamaño, en torno al cual había sentados varios robots. Unos tomaban notas, otros observaban las indicaciones de las paneles de control y uno, finalmente, provisto de un micrófono, impartía órdenes e instrucciones.

Trunt disparó sin vacilar contra él, este último robot. La máquina saltó al suelo, convertida en un amasijo de metal y plástico.

Los otros robots se quedaron inmóviles. En sus circuitos no había entrado jamás la noción de posibilidad de un ataque.

Trunt avanzó unos pasos.

—Será mejor que dejen ese pupitre —dijo—. Alguno de vosotros podría encontrarse convertido en chatarra.

RK avanzó, seguido de Carla.

—El presidente y su secretario va no funcionan —declaró—. Salid de aquí inmediatamente. Este centro de control va a ser utilizado por última vez.

—¿Quién eres tú para darnos órdenes? —preguntó en forma agresiva uno de los robots.

Trunt le disparó una descarga de choque. El robot fue levantado dos palmos del suelo por la violencia de la onda expansiva y empezó a despedir humo por las junturas.

—¡Largo! —ordenó Trunt—. El nuevo presidente ha dado una orden: obedézcanla.

Los robots desaparecieron en el acto. A continuación, Trunt, con la mano izquierda, señaló el pupitre.

—Honorable, ahora te toca a ti actuar —invitó.

RK conectó el circuito de la sonrisa.

—Me atribuyes un cargo que no es mío —dijo.

—Es el resultado de una votación unánime, quiero decir, de un votante: yo —contestó Trunt riendo—. Y el pueblo te aclama, ¿verdad, Carla?

—¡Viva el presidente de Robotia! —exclamó la muchacha, muy seria.

RK hizo un gesto con la cabeza. Luego se acercó al pupitre y estudió unos momentos sus dispositivos de control.

Al cabo de unos segundos, tocó varias palancas. Infinidad de lucecitas oscilantes quedaron encendidas de un modo fijo.

RK tomó el micrófono y dijo:

—A todos los robots que están prisioneros a bordo de la nave tripulada por humanos. Escuchadme con atención. Os habla RK-70, nuevo presidente de Robotia. Estáis prisioneros, pero os ordeno que hagáis todo lo necesario para conseguir la libertad.

«Es preciso que os sublevéis. Aunque estáis encadenados de dos en dos, para soltaros será suficiente que uno de vosotros se desenrosque una mano y así la argolla pasará libremente a través de la muñeca. Una vez hecho esto, podrá enroscarse de nuevo la mano y él y su compañero quedarán libres.

«Los humanos de la nave os atacarán. No importa, responded a sus ataques como mejor os dicte vuestra inteligencia. De todas formas, os ordeno una cosa: respetad las vidas de los humanos que se rindan. ¡Adelante, robots! ¡Adelante por vuestra libertad!

RK cerró el contacto y se volvió hacia la pareja de humanos, con la sonrisa en sus labios artificiales.

—¿Qué te ha parecido mi arenga? —preguntó.

Trunt hizo un gesto con el pulgar y el índice en círculo.

—Podría firmarla el más fogoso de los revolucionarios —aprobó.

—¿Dará resultado? —preguntó Carla, menos optimista.

RK volvió a sonreír.

—A fin de cuentas, era hora de que esta emisora general se emplease para algo bueno —contestó.

* * *

Jiffer estaba preocupado.

—Faltan cinco minutos y todavía no tenemos respuesta del capitán Trunt —dijo.

—Es un tipo muy astuto. Le gastará alguna jugarreta, señor —opinó aprensivamente el capitán Jelsthom.

—Su nave está todavía en el mismo sitio. Nuestros radares no han indicado que haya hecho el menor movimiento para despegar y la tenemos bajo el fuego de nuestros cañones. No habrá jugarreta, capitán.

Jelsthom se encogió de hombros.

—¡Ojalá sea así! —dijo, no muy convencido de las afirmaciones del diputado—. ¿Cuándo despegaremos?

Jiffer le dirigió una torva sonrisa.

—Según los cálculos, sólo tenemos a bordo unos siete mil seiscientos robots —contestó—. Puesto que la nave está en condiciones de transportar hasta veinte mil, saque usted mismo la cuenta de los que nos faltan para completar la cifra deseada.

—Sí, aún quedan unos pocos —convino Jelsthom. Y añadió—: Será un buen beneficio, señor Jiffer.

El diputado seguía sonriendo.

—Insertar en estos robots el circuito de la obediencia a los humanos es fácil, sencillo y rápido. Ya lo probamos con algunos y es una operación sumamente barata, tanto en tiempo como en coste económico. Si deducimos los otros gastos, como son los del flete de la nave, pago de sueldos a la tripulación y algunas minucias, el beneficio, como puede suponerse, resultará considerable.

—A mí me asalta una duda, señor —objetó Jelsthom.

—¿Cuál es, capitán?

—Estos robots no han sido fabricados en ninguno de los planetas del sector. Tampoco se les puede poner una matrícula falsa, porque las fábricas llevan una contabilidad exacta de los robots que

construyen.

—¿Y bien, capitán?

—En consecuencia, será preciso venderlos de contrabando.

Jiffer se echó a reír.

—Vendidos de contrabando, como usted dice, resultarán a mitad de precio que los fabricados en el Sector. La gente nos los quitará de las manos, créame.

Jelsthom hizo un rápido cálculo.

—A mitad de precio… ¿cubriremos gastos? —preguntó aprensivamente.

—¿Que si cubriremos…? Capitán, el gasto total, dividido por todos los robots que llevemos a bordo, dará un resultado que le deslumbrará: el beneficio será de un noventa y cinco por ciento líquido.

—¡Rayos! —exclamó Jelsthom, atónito.

—Como lo oye, capitán. El gasto total individual de cada robot no llegará siquiera al cinco por ciento del precio de venta, inferior al normal en una mitad.

—Eso arruinará las fábricas de robots, señor.

Jiffer volvió a reír estruendosamente.

—¿Y qué nos importa si aquí tenemos una fábrica donde hay más de trescientos millones de robots que obtendremos gratuitamente?

De pronto, se puso serio.

—Capitán, ya han pasado los cinco últimos minutos —dijo—. ¡Ordene a los artilleros que abran fuego!

—Sí, señor.

Jelsthom se acercó a un micrófono, pero no tuvo tiempo de utilizarlo. Afuera se oyó un atroz alarido de agonía.

Alguien lanzó un terrible grito:

—¡Los robots se sublevan!

Jiffer se puso pálido.

—¿Cómo? ¡Pero eso es imposible!

Los gritos se extendían por todas partes. Sonaron disparos de todas clases.

Amargamente, Jelsthom exclamó:

—Ya decía yo que ese condenado capitán Trunt acabaría por gastarnos una jugarreta…

Jiffer corrió hacia la puerta y la abrió.

Un espectáculo asombroso se ofreció a su vista en el acto.

Hombres y robots luchaban con encarnizamiento por todas partes. Para Jiffer, lo más pasmoso era que los robots se habían liberado de las esposas y luchaban individualmente y no por parejas, como había llegado a creer en algún momento.

Un tripulante fue izado a pulso por dos robots y lanzado al vacío desde uno de los puentes de la nave. El alarido del humano se cortó bruscamente al estrellarse contra el suelo veinte metros más abajo.

—No comprendo cómo han podido superar el «shock» de su captura —dijo Jiffer—. Todas las pruebas al respecto habían sido concluyentes…

Los robots surgían por todas partes. Era una marea incontenible de hombres y mujeres mecánicos, que amenazaban con anegarlo todo.

Jelsthom sacó una pistola.

—Puesto que es preciso luchar, lo haré por mi pellejo —declaró con decisión.

Los robots acudían en torrente inagotable, a centenares, a millares. Los tripulantes que habían conseguido sobrevivir al primer asalto escapaban llenos de terror, dándose cuenta de que sus disparos no podían detener aquel furibundo asalto.

—¡Ríndanse! —gritó uno de los robots—. Aquel que se entregue no sufrirá el menor daño.

—Ésa es una buena noticia —comentó Jelsthom. Tiró su pistola y levantó los brazos—. Me gusta vivir, aunque sea en la pobreza.

—¡Cobarde! —apostrofó Jiffer—. No son más que máquinas. ¿Va a dejar que le hagan prisionero?

Los robots corrían hacia la cámara. Jiffer se inclinó y se apoderó de la pistola.

—¡No lo haga, señor! —gritó Jelsthom.

Ciego de furor, Jiffer le golpeó en la frente cuando el capitán quería quitarle el arma. Jelsthom cayó al suelo fulminado.

Jiffer hizo fuego un par de veces. Dos robots estallaron ruidosamente.

Pero los demás cayeron sobre él y lo aplastaron con la simple fuerza del número. Jiffer gritó un poco y luego cayó al suelo. Una docena de furiosos pies mecánicos acabaron con sus últimos

movimientos.

* * *

Una lámpara centelleó en el pupitre. RK tomó el micrófono y dijo:

—Central de Comunicaciones. Adelante.

—Informe al presidente —sonó una voz—. La nave humana es nuestra. Tenemos unos ciento cincuenta prisioneros. Hemos sufrido unas trescientas bajas, pero el resto de los robots estamos libres.

—Habla el presidente. Gracias por las noticias. Traten correctamente a los prisioneros, que serán expulsados del planeta muy pronto. Entierren a los humanos muertos. Los robots destruidos serán conducidos a las fábricas de aprovechamiento. Eso es todo por ahora.

—Sí, Honorable.

RK se disponía a cerrar la comunicación, cuando Trunt le hizo un gesto con la mano. RK dijo:

—Esperen. Se les van a hacer más preguntas.

Trunt agarró el micrófono.

—¿Han hecho algún disparo los cañones de la nave?

—No, señor.

—¿Qué ha sido del capitán y del humano que le daba órdenes?

—El capitán se rindió en el acto. En cuanto al humano citado, destruyó a dos robots y los otros lo mataron.

—Gracias, eso es todo.

Trunt devolvió el micrófono a RK, quien cerró el contacto. RK sonreía:

—¿Qué puedo hacer ahora por vosotros? —preguntó.

—En lo que a mí se refiere —dijo Carla—, llevarme adonde está mi padre.

—Lo haré con mucho gusto —accedió RK—. Trunt, ¿no tienes nada que pedirme?

Trunt se encogió de hombros.

—Sólo que me permitas traer neoferrita con más frecuencia —solicitó.

RK hizo un gesto de asentimiento.

—No es una petición irrazonable —contestó—. Ven, Carla

quiero conducirte junto a tu padre.

* * *

Mientras el doctor Callican y su hija se entregaban a las primeras efusiones, después de varios años de no verse, Trunt conversaba con RK.

—Se hará pública la historia de lo ocurrido en Robotia —dijo el humano—. ¿Qué pensáis hacer al respecto?

RK dudó un momento.

Luego respondió:

—Será cosa de hacer un análisis detallado de nuestras posibilidades. Imparcialmente, es preciso reconocer que los humanos no se sienten demasiado propensos a reconocernos como a iguales, en un sentido político, se entiende.

—La mayor parte de la culpa es nuestra, desde luego —manifestó Trunt—. Resulta comprensible que un humano llegue aquí, se encuentre con un robot y trate de apropiárselo. Pero vosotros también podríais haber hecho un pequeño esfuerzo para acercaros más a nosotros. Teníais el orgullo de ser perfectos y eso os hacía sentiros superiores a nosotros.

—Es verdad —reconoció RK.

—Nadie es superior a nadie —dijo Trunt en tono sentencioso—. En lo que a mí respecta, opino que debéis ser más abiertos, permitir que los humanos vengan libremente a vuestro planeta, eso sí, acatando y respetando vuestras leyes particulares y haciéndolo saber en debida forma a quien intente quebrantarlas. Con el tiempo, habrá comprensión entre unos y otros y desaparecerán la mayor parte de los motivos de fricción.

—¿Sólo la mayor parte?

—¿Es que no hay fricciones entre los humanos de distintos planetas, aunque pertenezcan al mismo Sector Subgaláctico? Tendréis que iros haciendo a la idea de que eso os puede ocurrir a vosotros, pero también que tales fricciones se pueden evitar, o al menos aliviar, con un poco de buena voluntad.

—No nos faltará —aseguró RK.

—Y todavía queda un problema por resolver, pero ése es ya completamente vuestro.

—¿Cuál? —inquirió el robot.

—Los planes de KOP y su cuadrilla.

RK se quedó pensativo unos momentos.

—Tendremos que seguir siendo máquinas —dijo al cabo.

—Cada uno debe conformarse con ser lo que es —declaró Trunt.

—Sí, tienes razón —sonrió RK—. Lo que pretendía KOP era un disparate.

—No se puede ser mitad y mitad, semirrobot y semihombre. Es mejor ser una cosa sola de las dos, pero por completo. Y, hablando francamente, las mujeres dan muchos quebraderos de cabeza.

—¿Hablaban de mí? —exclamó Carla, acercándose en aquel momento.

Trunt y RK intercambiaron una mirada.

El robot contestó:

—El capitán Trunt se siente muy contento de ser humano cuando te mira a ti, Carla.

Ella lo contempló fijamente un momento.

—Pues no lo parece —ironizó.

RK sonrió y se alejó con el doctor Callican. Trunt y Carla quedaron frente a frente.

—De modo, que me miras y te sientes contento de ser humano —dijo ella.

—Condenadamente satisfecho —sonrió Trunt.

—Los robots pueden vivir cientos de años.

—Yo me conformo con un siglo… a tu lado, claro.

—¿No será un plazo demasiado largo?

—Pregúntamelo dentro de cien años, ¿quieres?

—Lo anotaré para que no se me olvide —contestó Carla sonriendo—. ¿Seguirás traficando con Robotia?

—Si no lo hago yo personalmente, lo harán mis empleados. Ahora necesitaré más dinero para mantener a la familia.

—Eso es cierto, Laird. Oye, Robotia es un planeta muy hermoso. ¿No has sentido nunca la tentación de vivir una larga temporada aquí?

—Podríamos intentarlo ahora, ¿no te parece?

—Es una buena idea —afirmó ella con la sonrisa en los labios.

Le dio la mano y en la luz de sus ojos vio Trunt una promesa de dicha eterna.

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA Publicación quincenal 10 PTAS.


RUTAS DEL OESTE Publicación quincenal 10 PTAS.



SEIS TIROS Publicación quincenal 10 PTAS.


HURACÁN Publicación quincenal 10 PTAS.



SIOUX Publicación quincenal 10 PTAS.


ESPUELA Publicación quincenal 10 PTAS.

GUERRA



HAZAÑAS BELICAS Publicación quincenal 10 PTAS.

ANTICIPACION


CIENCIA FICCIÓN Publicación quincenal 10 PTAS.


ESPACIO Publicación quincenal 10 PTAS.